



MARTE R. GÓMEZ

Entrevistamos al ingeniero Gómez en la biblioteca de su casa, ubicada en Carrillo Puerto 422, en Coyoacán, donde se encontraba rodeado de libros y papeles. A pesar de sus múltiples ocupaciones, era evidente que en todo momento estaba consciente de los intereses de su familia.

El ingeniero Gómez mostró muy buena disposición para ser entrevistado. Al final de cada conversación grabada nos sorprendía que asumiera el papel de entrevistador. Nos hacía preguntas sobre una amplia variedad de temas que le interesaban intensamente. Sin que se lo propusiera, sus interrogatorios revelaban lo versado que era no sólo en la política o la agronomía, sino también en las artes, la historia del mundo y la filosofía.

No nos extrañó, por tanto, que varios años después saliera a la luz el libro que contenía una colección selecta de su rica correspondencia. Esta obra hizo patente su acuciosidad en el detalle y la facilidad con que abordaba los temas más diversos con hombres de letras, artistas o estadistas de todas partes del mundo.

Más que político, el ingeniero Gómez fue un alto funcionario, práctico, con visión e ideas para cambiar el futuro de México, no obstante que lo logró de una manera que no podía prever ni admitir públicamente, como se verá más adelante. El éxito lo acompañó como promotor de la Primera Revolución Verde, que a largo plazo tuvo impacto a escala mundial.

Nuestras pláticas fueron muy amenas, y para nosotros fue interesante oírlo exponer su visión del desarrollo de México. Desafortunadamente, cuando lo entrevistamos no conocíamos los hechos que acontecieron alrededor de un delicado asunto que estuvo en sus manos el 1 de diciembre de 1940, con motivo de la invitación a México del vicepresidente de los Estados Unidos Henry Wallace, a la ceremonia de toma de posesión de Ávila Camacho en 1940, la cual aprovechó Gómez, con la anuencia de Lázaro Cárdenas y Manuel Ávila Camacho, los presidentes saliente y entrante, para invitar a la Fundación Rockefeller a que prestara asistencia para resolver la crisis de la producción agrícola.

Como secretario de Agricultura durante los últimos meses del gobierno de Cárdenas en 1940 y con Ávila Camacho entre 1940 y 1946, inadvertidamente, Gómez se convirtió en "padre" del desarrollo de la contribución que hizo México al mundo con la Revolución Verde. Esta parte de la historia ha quedado oculta, porque contradecía y aún contradice la ideología de muchos agrónomos "nacionalistas", agraristas e intelectuales urbanos que se

han opuesto al "imperialismo yanqui de Rockefeller" y siempre han apoyado el establecimiento de la agricultura colectivista como base de la contribución de México a la evolución rural.

Al hacer un esquema del papel que desempeñó Gómez en la Primera Revolución Verde, pedimos a nuestros lectores que comprendan la difícil e incómoda situación en que se encontró este personaje ante la imposibilidad de revelar —en ese momento— la historia de las acciones que impulsó para realizar los cambios necesarios en la agronomía nacional y mundial. No fue sino años más tarde, como veremos adelante, cuando Gómez trató de rectificar, en correspondencia privada de 1969 y no publicada hasta 1978, que fue la labor de los agrónomos mexicanos, junto con los extranjeros, la que hizo posible este cambio.

El ingeniero Gómez —quien escribió biografías de sus colegas agrónomos— entendió la complejidad que implica trabajar detrás de bastidores para forjar una agricultura moderna no sólo para México, sino también para el resto del mundo.

MARTE R. GÓMEZ

Autobiografía y opiniones sobre la Revolución.—Agrarismo y antiagrarismo.—Sobre el ejido y acerca de la caída de Carranza.—De todo un poco.—La Reforma Agraria en Tamaulipas.—Algo sobre la Comarca Lagunera. La ley del péndulo.—El decenio mexicano de 1930.—Otros datos autobiográficos y temas complementarios.

AUTOBIOGRAFÍA Y OPINIONES SOBRE LA REVOLUCIÓN

16 de abril de 1964

James Wilkie (JW):

Quisiéramos primero hablar de su niñez; dónde y cuándo nació, y tal vez pudiéramos hablar de sus primeras impresiones y de su familia.

Marte R. Gómez (MRG):

Creo que estaba predestinado a tener buenas relaciones de amistad con los Estados Unidos de Norteamérica y con muchos de sus ciudadanos, porque nací exactamente al sur de la frontera, en Reynosa, Tamaulipas, un cuatro de julio, el 4 de julio de 1896.

JW: Sí. No tiene remedio. ¿Y sus padres?

MRG: Mi padre fue un militar, el coronel Rodolfo Vidal Gómez, hijo del Colegio Militar de México. Él tuvo una actuación militar prolongada en la frontera del país. Precisamente por eso es que nací en Reynosa, Tamaulipas, porque la corporación en la que él prestaba sus servicios, que era el cuarto regimiento, guarnecía precisamente la línea del Bravo, y él tuvo que hacer frente a todos los contratiempos de frontera que entonces se producían: contrabando a mano armada, etc. Porque hoy el contrabando se hace por formas civilizadas: en camiones, a veces hasta en aviones. Entonces no; se hacía a caballo y luchando contra las autoridades.

JW: ¿Y usted estudió allá su primaria?

MRG: No. Por razones de la vida militar de mi padre precisamente, al desplazarse su corporación de la frontera, él se vio obligado a hacer estancias de servicio en diversas poblaciones de la República. Cuando nací, no había escuela en Reynosa. Mi padre le encargó a mi madre que ella organizara una escuela particular para enseñar a leer a los niños de Reynosa que no tenían oportunidad de aprender. Después tuve ocasión de hacer mis estudios en diversas ciudades, sobre todo en Aguascalientes y aquí en México, en la capital.

Hice mis primeros años de educación primaria en una escuela de barriada que estaba próxima al cuartel en que mi padre prestaba servicios. Después, como tuve la fortuna de obtener muy buenas calificaciones e inclusive diplomas y premios en mis primeros años de educación, pude inscribirme en la que por entonces era la mejor escuela de educación primaria de México, la Escuela Anexa a la Normal de Maestros, que estaba en Santa Teresa, donde hoy está una de las dependencias de la Universidad. Allí terminé mi instrucción primaria.

JW: ¿Dónde hizo sus estudios secundarios?

MRG: No tuve estudios secundarios en planteles universitarios, sino que me inscribí inmediatamente en la Escuela Nacional de Agricultura para hacer la carrera de ingeniero agrónomo. Entonces la Escuela Nacional de Agricultura estaba en San Jacinto, y allí se principiaban los estudios secundarios y preparatorios. Sólo los que se inscribían en facultades, de lo que hoy es la Universidad, iban a la Escuela Nacional Preparatoria. Entonces hice mis estudios, de 1909 a 1914, en la Escuela Nacional de Agricultura de San Jacinto, cursando la carrera de ingeniero agrónomo hidráulico, es decir, ingeniero agrónomo especializado en la construcción de obras de irrigación.

JW: ¿Tuvo interrupciones en sus estudios, por la guerra, por la Revolución?

MRG: Cuando le dije que estuve en la Escuela Nacional de Agricultura, de 1909 a 1914, tenía ya en mente la clausura de la Escuela Nacional de Agricultura, que tuvo lugar en los primeros días de enero de 1915 y, naturalmente, mi incorporación a la Revolución que tuvo lugar en 1915, en enero de 1915. Estuve en la Revolución en el estado de Morelos formando parte de las primeras comisiones agrarias que se organizaron en México, por acuerdo del general Emiliano Zapata durante 1915.

JW: Entonces, siendo agrónomo y participando en los asuntos de Morelos, ¿siempre ha tenido mucho interés en los asuntos agrarios?

MRG: Considero que la reforma agraria de México ha sido una condición del progreso del que México es ejemplo en estos días. Siempre fui partidario decidido de ella, y sostenedor de sus principios lo mismo que de su técnica, en continuo proceso de mejoramiento.

JW: ¿Cómo se decidió ir a Morelos para juntarse con Zapata?

MRG: En un libro que escribí sobre ese tema, que se llama precisamente *Las comisiones agrarias del sur*, explico que en 1914, nuestro profesor de Mecánica analítica, el ingeniero Ignacio Díaz Soto y Gama, hermano del líder agrarista Antonio Díaz Soto y Gama, nos hacía prédica inflamada a favor de la Revolución y de la causa del sur. Entonces, cuando las fuerzas revolucionarias entraron a México y se perfiló la división entre carrancistas, zapatistas y villistas, era necesario tomar partido. Los amigos míos, que formaban parte

del mismo grupo de estudios en el que yo participaba, casi unánimemente nos inclinamos en el sentido de incorporarnos al grupo zapatista.

JW: En América Latina a veces es muy difícil para un hombre sin recursos seguir sus estudios y llegar a posiciones muy importantes. Hablando de sus estudios, su niñez, su familia, puede decirnos, ¿qué factores en su vida de joven, en su adolescencia, por ejemplo, lo ayudaron a tener tanto éxito para llegar a tener posiciones nacionales de importancia?

MRG: Bueno, debo decirle, y se lo digo con emoción por cierto, que mi padre pareció tener la premonición de que me dejaría huérfano pronto. Él me educó con una gran disciplina y con mucha severidad: me hacía ejecutar cosas que aparentemente excedían a mi capacidad física y mental. Por ejemplo, él se empeñó en que yo tuviera una educación física estricta e higiénica, me impuso la costumbre del baño frío todas las mañanas. Me hacía dar largas carreras (yo fui un corredor de largas distancias). Me hacía montar a caballo. A sus oficiales y soldados de la corporación de caballería en que prestaba servicios, les hacía que yo pusiera los saltos montando a pelo, tal y como ellos lo deberían hacer con montura. También me hacía ejecutar labores extraescolares estrictas. Así es que cuando él murió, como una de las víctimas de la Revolución Mexicana en 1913, dejándome todavía bastante tierno de edad, yo estaba —creo— suficientemente maduro como para poder conducirme el resto de mi vida.

Mi padre, debo decirle a usted, fue un hombre de ideas progresistas. Aunque él formaba parte del ejército de lo que fue la dictadura, él siempre estuvo en contra de esas ideas, y por la democracia. Habiendo tenido la desgracia de ser comisionado en el estado de Chihuahua durante los primeros brotes revolucionarios de 1910, al regresar, recuerdo perfectamente que me dijo: “Mi única satisfacción es que estuve en combates, pero que nunca disparé un arma. No me siento responsable de haber asesinado a ningún compatriota mío”. En las mismas condiciones murió en 1913. Entonces recibí de él una tarjeta postal, ya cuando él sabía que iba a salir a campaña, en la que me decía: “Pase lo que pase, y sepas de mí lo que sepas, te advierto que tu mayor responsabilidad es la de terminar tus estudios y ser un hombre útil a México”. Entonces sentí eso como una recomendación póstuma de mi padre, y traté de hacerle honor.

JW: Muy interesante saber cómo durante la Revolución y en medio de tantas dificultades un hombre pueda tener el impulso para seguir sus estudios.

MRG: Mi padre fue muerto en combate el 20 de octubre de 1913, ya a pocos días de los exámenes. Entonces, en condiciones bastante difíciles, pude, sin embargo, presentar todos mis exámenes del año de 1913, e inscribirme para seguir los cursos de 1914. Cuando me fui a la Revolución, en 1915, no me

faltaba más que un año para terminar mi carrera. Estaba clausurada la Escuela de Agricultura oficialmente. Junto con un grupo de antiguos compañeros míos, decidimos organizar una escuela libre, a la que llamamos el Ateneo Ceres. En el Ateneo Ceres terminamos nuestros estudios y pude así recibirme, en septiembre de 1917.

JW: Después de recibir mucha educación en el campo del sur, educación más práctica, ¿quiere contarnos algo de sus experiencias en el sur?, ¿cómo se vivía en esos días?

MRG: Fue una experiencia sumamente instructiva; difícil y apasionante. Lo he narrado todo en un libro mío que se llama *Las comisiones agrarias del sur*. Tendré mucho gusto en ofrecerle un ejemplar, para que allí se entere en detalle, porque si no alargáramos mucho esta conversación.

JW: Bueno, a veces no se escribe todo, ¿en qué año escribió ese libro?

MRG: Creo que hace dos o tres años. Es bastante reciente, porque he tenido una vida sumamente activa y poco tiempo para consagrarme a escribir u ordenar mis recuerdos y meterlos al papel.

JW: Después de obtener su título de ingeniero, ¿qué hizo?

MRG: Al principio, por una feliz coincidencia, trabajé en un proyecto de irrigación con el ingeniero Fortunato Dosal. Es una de las coincidencias que considero afortunadas en mi vida, porque a él le habían encargado que hiciera un estudio para un proyecto de irrigación y de generación hidroeléctrica en el estado de Querétaro, en la jurisdicción de la hacienda de La Llave. Y entonces yo, como ingeniero bastante joven, fui a ejecutar los trabajos de topografía. Él me encontró allí, atareado como yo estaba de las actividades agrarias en Morelos, capaz de levantarme a las cinco de la mañana, de trabajar todo el día, y de regresar, una vez terminada mi jornada, cuando desaparecía la luz del sol. Él se formó un elevado concepto, creo que inmerecidamente, de mi laboriosidad y de mi afecto al trabajo. Y más tarde, cuando él llegó a la Subsecretaría de Agricultura y me encontró desempeñando un cargo de delegado encargado de la delegación de la Comisión Nacional Agraria, me llamó a México para encargarme la dirección auxiliar de la Comisión Nacional Agraria.

JW: ¡Una promoción! ¿En qué año fue eso... que llegó a México?

MRG: Fue a fines de 1917, cuando hice ese trabajo para el ingeniero Dosal. Después, en parte gracias a su intervención, entré a la Comisión Nacional Agraria, donde yo creía que serían más útiles mis servicios. Ingresé a la Comisión Nacional Agraria en los últimos días de 1917 o en los primeros días de 1918 —no me acuerdo exactamente— en el puesto más modesto que entonces tenía la Comisión Nacional Agraria, que era de auxiliar de campo. Fui comisionado inmediatamente a Campeche. En Campeche trabajé con la

mayor actividad que me fue dable. Mi jefe, el delegado de la Comisión Nacional Agraria, era el ingeniero José S. de la Vega, apreció mi trabajo y me recomendó para promociones. Ascendí por riguroso escalafón de auxiliar de campo, a segundo ingeniero, a primer ingeniero, y a encargado de delegación. Era encargado de delegación cuando el ingeniero Dosal, en un ascenso inmediato, me encargó la dirección auxiliar de la Comisión Nacional Agraria.

JW: ¿Funcionó en ese puesto...?

MRG: Estuve en Campeche y Yucatán en puestos técnicos subalternos, los años de 1918, 1919, 1920 y 1921. Vine a México, ya como director auxiliar de la Comisión Nacional Agraria, en 1922.

JW: Cuando estuvo allá en Campeche y Yucatán, ¿tuvo oportunidad de ver los sucesos allá?

MRG: Sí; por supuesto, fui testigo y modesto actor en ellos.

JW: ¿Salvador Alvarado...?

MRG: Al general Salvador Alvarado lo había conocido antes, porque, como ya se lo dije, estuve en Morelos todo el año de 1915. Pero al desaparecer las comisiones agrarias del sur como resultado de la derrota militar del zapatismo, tuve que venirme a México, en una odisea que cuento en mi libro, y después buscar manera de trabajar. "Los que nos habíamos ido a Veracruz", que era como les decían a los carrancistas, teníamos cerradas todas las puertas en México. Pero el general Alvarado les abrió sus puertas a los ingenieros que quisieran ocuparse de la cuestión agraria. Entonces fui a Yucatán y trabajé en las primeras comisiones agrarias, porque también en Yucatán repartieron tierras. Eso fue en el año de 1916.

JW: Siempre ha estado en la vanguardia, con Zapata y con Salvador Alvarado.

MRG: Para mí, volver al sureste, en 1918, fue recordar en parte episodios que había vivido, y restablecer contactos que había creado inicialmente.

JW: ¿Puede comparar a Zapata con Salvador Alvarado, en sus características personales y en su ideología?

MRG: Desde luego sí le digo a usted una cosa: Zapata fue un iluminado; Alvarado fue un convencido. Además, Zapata tenía una condición social y una preparación intelectual inferiores a las de Alvarado. No podían impresionar del mismo modo los dos hombres; pero los dos fueron indudablemente sinceros, y los dos quisieron la felicidad del pueblo mexicano, y a los dos les costó la vida su empeño.

JW: Algunos dicen que Zapata no tenía plan; no quería saber, no sabía lo que realmente quería.

MRG: Zapata quería las tierras para sus conciudadanos, y las quiso desde que fue joven, hasta que dio su vida.

JW: ¿En qué forma quería repartir las tierras? ¿En ejidos, en pequeña propiedad...?

MRG: Él había sido una de las víctimas de la dictadura; en su pueblo, los hacendados colindantes con él le habían arrebatado las tierras. Él sabía perfectamente lo que su pueblo había perdido; sabía cómo lo había perdido y sabía que quería corregir esa iniquidad. Quería sencillamente que las tierras regresaran a sus legítimos dueños, que eran los vecinos de los pueblos, y en sus comisiones agrarias dejó constancia de eso. En mi libro narro precisamente un deslinde en el que él asistió, y en sus términos —rudos, pero de indudable convicción— nos dijo lo que deseaba.

JW: ¿Y Salvador Alvarado?

MRG: Salvador Alvarado llegó a Yucatán a recuperar el control político que se había perdido por una sublevación local, y estableció un plan de reformas sumamente ambicioso y generoso. Parte de él estaba representado por una política agraria que hizo fundar en una ley departamental de Yucatán de 1844, si no me equivoco, que había fijado los ejidos de los pueblos. Él deseaba que los pueblos de Yucatán recuperaran los ejidos que se les habían dado a mediados del siglo XIX.

JW: En los Estados Unidos —y también aquí— muchos han llamado a Carrillo Puerto un comunista, un rojo; tantas palabras, que si usted puede definir, de su propia experiencia, su ideología y lo que quería, podría aclarar mucho.

MRG: Debo decirle que Carrillo Puerto también formó parte de las comisiones agrarias de Morelos. Fue el representante agrario de la Comisión Agraria de Cuautla, en Morelos, y de allí salió para Yucatán. Yo fui amigo de Felipe Carrillo Puerto, en Morelos primero, y en Yucatán después. Y en mi libro narro la forma como lo conocí, y la forma como él se fue a Yucatán para iniciar, al lado del general Alvarado, la reforma agraria en Yucatán. Después tuve ocasión de cultivar su amistad. Colaboré con la administración que precedió a la suya, encabezada por el licenciado Manuel Berzunza, que era del Partido Socialista del Sureste, y me tocó ser testigo de los primeros días del gobierno de Felipe Carrillo Puerto. Inclusive creo que la política del reparto de ejidos, que por instrucciones de Felipe Carrillo Puerto llevó a cabo el gobernador provisional, licenciado Berzunza, fue un elemento poderoso que ayudó al triunfo de la candidatura de Felipe Carrillo Puerto, contra la cual luchaban los yucatecos que estaban afiliados al Partido Liberal Constitucionalista.

JW: Se discute mucho acerca de qué tanta influencia tenía Zapata y su movimiento, y también se discute la influencia de Flores Magón, y de todos los que luchaban en los años anteriores a 1910, y los que luchaban al mismo tiempo que Madero, con Zapata, en otro lugar. ¿Qué opina usted? ¿Qué

tanta influencia tuvieron, de dónde vienen las ideas y las trayectorias agrarias de la Revolución Mexicana?

MRG: Creo que vienen desde las épocas más remotas de la historia de la humanidad. No creo que pueda precisarse el día o el año, ni siquiera el siglo, en que tuvieron origen. Todos los hombres progresistas que han vivido en la tierra han luchado contra las desigualdades y contra las iniquidades que nos dividen en clases y en categorías sociales, y han esperado una igualdad, que puede ser y que tendrá que ser relativa desde el momento que hay diferencias de individualidades y de categorías que están por encima de cualquier propósito generoso. Pero, en términos generales, el deseo de mejorar las condiciones de los humildes, de hacer menos ofensivas las desigualdades, y de brindarle a todos los hombres las mejores oportunidades para que progresen, creo que están en el corazón de todos los hombres bien intencionados en la Tierra.

JW: Sí, pero a veces es muy difícil que los progresistas alcancen el éxito en su programa...

MRG: Suponga usted que yo, cristiano como soy, olvido el mundo antiguo y empiezo a pensar como Jesucristo. Las ideas de Jesucristo son las ideas de un reformador social.

JW: En la Revolución Mexicana, ¿podemos decir cuáles hombres han influido, con sus ideas o sus actuaciones, en el curso o en la trayectoria de la Revolución? Porque la Revolución puede seguir muchos rumbos.

MRG: Creo que en las ideas de la reforma agraria, que constituyen la base de la Revolución Mexicana, hacen acto de presencia numerosos ideólogos; hay precortesianos que se juntan con misioneros de la Conquista, con Bartolomé de las Casas, por ejemplo, con Vasco de Quiroga; y después con gentes que iniciaron la independencia de México: Hidalgo, Morelos, etc. Es decir, son ideas que vienen de muy atrás y que se han ido eslabonando, aunque aparentemente perdían vigencia o retrocedían a segundos planos según la evolución del país, siempre recuperaban su empuje y cobraban preeminencia cuando se producían momentos de crisis. Se puede decir, en términos generales, que la Revolución Mexicana, para tomarla en fecha reciente —para no remontarnos a los propósitos de la reforma agraria que alimentaron algunos de los constituyentes de 1857—, tiene su primera manifestación en el Programa del Partido Liberal de 1906, y que en ese sentido los Flores Magón tienen muchos méritos que reclamar. Sin embargo, es indudable que cuando don Francisco I. Madero se lanzó a la Revolución, en 1910, los elementos magonistas hicieron un movimiento ellos mismos, y no tuvieron éxito. Independientemente de que se reconozcan todos los méritos de los viejos liberales, entre los cuales hubo muchos que se incorporaron después a la Revolu-

ción, como el general Antonio I. Villarreal que llegó a ser ministro de Agricultura, es indudable que la reforma actual de México arranca del Plan de San Luis, cuyo artículo tercero ofrecía, con timidez todavía, una reforma agraria.

JW: Hay muchos que dicen que en realidad el Plan de San Luis no tenía tanta importancia, no tenía medios de dar a conocer su programa a todo México. Y hay otras personas que dicen que la Revolución no tenía nada fijo en sus fines y en sus rumbos y que nada más creció... y que incluso en la Constitución no había nada de ideología para guiar la Revolución.

MRG: Aparentemente no la había o, si usted quiere, lo que decía al respecto no resonaba con la importancia que después tuvo en el corazón y en el cerebro de las gentes. Pero ahí estaba. Y lo que era importante se demostró que era importante, y se hizo respetar por su importancia. Es decir, fue la necesidad de los campesinos de ir demostrando que debían ser atendidos.

JW: Algunos historiadores opinan que el zapatismo es un mito y que no tuvo tanta influencia sobre el impulso de la reforma agraria.

MRG: El hecho de que Zapata sea un mito es una cosa que debe inspirarle respeto, porque un mito no surge de la nada, sino que tiene raíces. Hay un libro de Jesús Sotelo Inclán, que se llama *Raíz y razón de Zapata*,¹ que probablemente esos historiadores debieran leer. Como hay también muchos testimonios de gentes que conocieron a Zapata, que estuvieron a su lado y que pueden quizá hacerles entender por qué, a pesar de la sencillez de su origen y de la escasez de su cultura, él pudo llegar a mover a toda una nación y ser, indudablemente, el origen, la justificación, o la base de toda la reforma agraria mexicana.

JW: Parece que él luchó por casi nueve años.

MRG: No. ¡Luchó por más! Él principió a luchar por la tierra de sus pueblos todavía durante la dictadura, probablemente en 1907 o 1908, y siguió luchando hasta que murió.

JW: Muchos años de lucha. La gente de toda la nación podía darse cuenta que aquí había una lucha que significaba algo, y tenían que fijarse en eso, no podían ignorarlo: seguía, seguía y seguía; era una lucha que quemaba todo, que arruinó a muchos. También se dice que Zapata era un bandido, bueno, bandido en el sentido que tenía un grupo de hombres, que no era verdaderamente un ejército, y podía reunir el grupo para luchar cuando lo necesitaba; pero que por lo general andaba escondido en Morelos sin necesidad de ejército, y que no tenía oportunidad de salir de Morelos para unirse, por ejemplo, con Obregón.

¹ Editorial Etnos, México, 1943.

MRG: Eso habría que examinarlo con cuidado, tomando en cuenta las características intrínsecas de Zapata, las condiciones del medio en que operaba, y la calidad humana de los hombres que militaron a sus órdenes. Indudablemente él no tuvo como militar el talento que demostró, por ejemplo, el general Obregón, que es el mejor general que ha salido de México. Él era un guerrillero; él no estaba preparado para mandar grandes contingentes humanos, ni para equipar su ejército con armas ofensivas de los tipos que son usuales en los ejércitos organizados. Pero él mantuvo un estado de alarma militar, no sólo en el estado de Morelos, del que era originario, sino en las zonas limítrofes, inclusive en el Distrito Federal, en Puebla, en Guerrero, en el Estado de México, es decir, en una zona que desbordaba seguramente la jurisdicción geográfica del estado de Morelos. En tiempos de Victoriano Huerta, en 1913 y en los primeros meses de 1914, él estuvo tan cerca de México como Xochimilco, o como las faldas del Ajusco, y asaltó poblaciones del Distrito Federal como San Ángel. Él hizo sentir su acción militar; y se puede decir que gracias a Zapata contingentes importantes no pudieron ir a combatir a los revolucionarios del norte, que fueron los que derrotaron militarmente a la dictadura. Zapata fue tal vez un mal militar, en el sentido de que no ganó grandes batallas; pero fue un magnífico auxiliar, en el sentido de que facilitó que los generales de la Revolución, como Villa y Obregón, sí ganaran esas batallas.

JW: Él nunca tuvo la intención de salir de Morelos para impulsar su programa sobre toda la nación y conquistar la capital.

MRG: Él no pudo equiparse como se equiparon los revolucionarios del norte. Los revolucionarios del norte tuvieron una frontera abierta, y en cierto sentido amiga. De los Estados Unidos pudieron traer armas y parque. Zapata nunca tuvo esa oportunidad, él se armaba con las armas y el parque que le quitaba a sus enemigos. En un libro que estoy preparando, y que quizá publique este mismo año, analizo precisamente lo que voy a llamar la reforma agraria de México en las filas villistas. Naturalmente, me refiero a las filas de la Convención. Ahí explicaré que cuando se organizó la Convención, ya antes se habían entendido Villa y Zapata para conducir un programa de reforma agraria, en lo que se llamó Pacto de Xochimilco. Es decir, cuando el Ejército Constitucionalista entró a la ciudad de México, ya establecida, potencialmente al menos, la ruptura entre carrancistas y villistas, don Venustiano Carranza no estaba seguro de la forma como lo acogería Zapata. Zapata no había firmado nunca el Plan de Guadalupe, ni había reconocido la primera jefatura de don Venustiano Carranza. Por eso Carranza dispuso que parte de sus fuerzas, en vez de acuartelarse en la ciudad de México, fueran a reemplazar a los contingentes federales que hacían frente a las fuer-

zas del sur en toda la vertiente del Ajusco. Entonces se quedaron en México alrededor de seis mil hombres de infantería a las órdenes del general Obregón. Y todas las fuerzas de caballería que mandaba el general Lucio Blanco, que era la División de Caballería del Cuerpo del Ejército del Noroeste, fueron sustituyendo, punto por punto, a las fuerzas federales que le hacían frente a los zapatistas. Desde ese momento pareció evidente que carrancistas y zapatistas no se podían unir. Después Villa mandó enviados que se entrevistaron con Zapata, y que lo pusieron de acuerdo para que Zapata rechazara los intentos de aproximación que hizo Carranza, por conducto de una comisión en la que desempeñó una parte principal el licenciado Luis Cabrera. Zapata le dijo a Cabrera pura y simplemente que él pedía que Carranza suscribiera el Plan de Ayala. La ruptura, pues, fue indispensable.

JW: ¿Usted cree que Villa tenía un programa sobre el agrarismo?

MRG: Ése va a ser el tema de mi próximo libro. Yo explico todos los actos por los cuales se demuestra que el villismo tuvo un programa de reforma agraria, y que expresaron deseos de conducir una reforma agraria, aunque de hecho nunca hicieron nada. Señalo todos los artículos de periódicos que se publicaron, los proyectos de ley que aparecieron también publicados, y los actos que, por lo menos en los periódicos, dijeron que acometerían. De nada de eso queda huella; pero hubo seguramente un programa agrario, y hubo un deseo de conducir una reforma agraria.

JW: ¿Qué salió del Pacto de Xochimilco?

MRG: En ese pacto, en Xochimilco, se reunieron Zapata y Villa, y Villa dijo que aceptaba los principios del Plan de Ayala.

JW: ¿Participó usted en la Convención de Aguascalientes?

MRG: No, porque yo estaba ya repartiendo tierras en Morelos, y eso no era para jóvenes ingenieros como yo, sino para viejos revolucionarios como los que habían estado levantados en armas contra la dictadura. La Convención se reunió en Aguascalientes y nosotros supimos de ella por lo que leíamos en los periódicos. Inclusive cuando se evacuó la ciudad de México, al ocuparla por primera vez el general Obregón en enero, la Convención sesionó en Cuernavaca, y nosotros fuimos de los que asistimos a las galerías y escuchábamos algunas de las deliberaciones de la Convención. Pero eso fue todo.

JW: ¿Cree que la Convención tuvo alguna oportunidad de éxito?

MRG: Es muy difícil contradecir la realidad. La realidad es que no tuvo éxito. Lo que sucede tiene una fuerza irrefutable. Sin embargo, debo decirle a usted que hubo muchos revolucionarios sinceros que creyeron que mediante la Convención podría evitarse la escisión tan sangrienta que ocurrió, y que pusieron todo su empeño en hacer un éxito de la Convención y en conseguir que por conducto de ella se unieran carrancistas, zapatistas y

villistas. Era demasiado generosa, pero desgraciadamente también estaba fuera de la realidad. El gobierno de la Convención designó como Presidente provisional al general Eulalio Gutiérrez, que era un jefe distinguido, honorable y valeroso; pero los hechos demostraron que Villa no se quiso subordinar ni reconocer su autoridad, y el general Eulalio Gutiérrez tuvo que romper con Villa. A partir de ese momento quedaron, Carranza en Veracruz, Zapata en Morelos y Villa en el norte. El general Eulalio Gutiérrez, tratando de prevalecer sobre esas tres facciones, en una actitud de soñador realmente y no de luchador, con fuerzas convencionistas, es derrotado por Villa en el combate de San Felipe.

JW: ¿Cuándo llegó usted a ser el gran deportista? Porque usted ha tenido siempre, desde su niñez, un interés por el deporte.

MRG: Ya le dije que mi padre me educó en la práctica de los deportes. Él me hizo, desde muy niño, correr distancias largas, montar a caballo y nadar. A mi madre le encantaba saber que yo era capaz de cruzar a nado el río Bravo. Pero después, cuando ingresé a la Escuela Nacional de Agricultura, me encontré con un medio en el que, como parte de la preparación del alumnado para la vida activa del campo —que se suponía que iba a ser el medio de su ejercicio profesional—, se favorecía mucho la práctica del deporte. Allí jugué frontón a mano y beisbol. Fui un buen deportista, en el sentido de que me gustó mucho el deporte; pero un mal deportista, en el sentido de que los estudios me hicieron perder la agudeza visual, que ya no pude batear, y que tuve que dedicarme a ser un deportista de gradería.

JW: En esos años, ¿mantuvo su interés por el deporte?

MRG: Desde la más remota juventud que yo recuerdo, y siempre interesado en el deporte, porque lo consideré un vehículo muy eficaz para mejorar las condiciones físicas, sociales y morales del pueblo mexicano. Más tarde, por las posiciones que ocupé, pude ser impulsor del deporte con recursos pecuniarios: sostuve equipos de aficionados, tan modestamente como mis recursos me lo permitían. Y así seguí relacionado con el deporte hasta que me nombraron miembro del Comité Olímpico Mexicano, y después del Comité Olímpico Internacional.

JW: En los años de 1934 a 1940, el gobierno impulsó mucho la educación física.

MRG: Creo que fue desde antes.

JW: Pero en esa época tenía tanta importancia que todos andaban por las calles con sus trajes de deporte...

MRG: Creo que el impulso al deporte realmente surgió con la Revolución. En realidad, viejos deportistas con los que habíamos jugado en los campos de juego los encontramos después en las filas de la Revolución, y muchos

de ellos perdieron la vida en ella. Con el 4o. Batallón de Sonora, por ejemplo, que le servía de escolta a don Venustiano Carranza, venía un grupo de jugadores de beisbol, entre los cuales estaba el general Abelardo L. Rodríguez, que fue después Presidente de la República. El general Rodríguez, con su equipo —en el cual estaba el general Palma y varios militares— jugaron en la Escuela de Agricultura con nosotros. El deseo de impulsar el deporte venía con la Revolución, y los gobiernos de la Revolución le dieron desarrollo.

AGRARISMO Y ANTIAGRARISMO

JW: Usted estuvo aquí en México, en 1922, en la Comisión Nacional Agraria. ¿Hasta qué año estuvo en ese puesto?

MRG: Nada más el año de 1922. En cuanto llegó a la Secretaría de Agricultura el señor Ramón P. De Negri y trató de impulsar la ejecución de la reforma agraria, él pensó que para eso se necesitarían técnicos, y decidió que se formaran sobre todo en la Escuela de Agricultura. En los primeros días de 1923, me llamó y me encargó la dirección de la Escuela Nacional de Agricultura en la cual, por razones casi de mecánica, se habían refugiado algunos de nuestros viejos profesores y que no eran partidarios de la reforma agraria. Me llevó a la dirección de la Escuela Nacional de Agricultura, con objeto de hacer de ese plantel un semillero de ideas progresistas donde surgieran técnicos que fueran capaces de entender la reforma agraria de México y de ayudar a realizarla.

JW: ¿Cuántos alumnos tenía la escuela?

MRG: Tenía alrededor de 500 alumnos.

JW: Usted aconsejó al gobierno durante esos años, siguiendo también en su puesto de director.

MRG: Yo fui director de la Escuela Nacional de Agricultura. Después, por razones de economía presupuestal, me anexaron a la Dirección General de Agricultura, que tenía a su cargo todo lo del desarrollo agrícola del país. Aunque desgraciadamente, por falta de recursos, por falta de tranquilidad —porque aún había grupos levantados en armas—, y por falta de técnicos con quienes conducir cualquier obra, no se pudo hacer gran cosa. Pero fui director de la Escuela Nacional de Agricultura y director de Agricultura durante los años de 1923 y 1924; y tuve el gusto de trasladar la Escuela Nacional de Agricultura, de San Jacinto, donde la expulsaba la ciudad, en el desarrollo urbano de la metrópoli, a Chapingo, donde a la fecha está.

JW: ¿Qué hizo después de 1925?

MRG: En 1925, invitado por el licenciado Portes Gil, que era gobernador de Tamaulipas y que tomó posesión de su cargo el 5 de febrero, me fui a Tamaulipas, mi estado natal, como jefe del Departamento de Fomento, y presidente de la Comisión Local Agraria del Estado, a iniciar la verdadera reforma agraria en Tamaulipas. Porque el gobernador anterior desgraciadamente no creía en la reforma agraria, y la había contrariado en todo lo posible.

JW: ¿Preparó usted los tres tomos de las convenciones?

MRG: Yo los escribí. Y yo, sin jactancia, puedo decir que con el apoyo del licenciado Portes Gil planteé toda la reforma agraria de Tamaulipas, y preparé la organización de la Liga de Comunidades Agrarias del Estado de Tamaulipas y de las convenciones agrarias de Tamaulipas, que fueron el primer esfuerzo de la organización campesina auténtica que se hizo en México.

JW: ¿Cuándo fue gobernador Portes Gil?

MRG: De 1925 a 1928; en esa época el periodo gubernamental de los gobiernos de Tamaulipas era de cuatro años. Así que él teóricamente debió iniciar su gestión el 5 de febrero de 1925 y terminarla el 5 de febrero de 1929.

JW: ¿Cuándo conoció al licenciado Portes Gil?

MRG: Yo lo había conocido... por su adhesión al obregonismo, que era también la causa de la que yo había formado parte. Cuando, en 1920, se levantó en armas el general Obregón contra don Venustiano Carranza, todos los que habíamos sido zapatistas nos unimos a ese movimiento; el licenciado Portes Gil era también obregonista. Fue una unión absolutamente natural, que facilitó un compañero nuestro que fue nuestro primer director intelectual: el general Jesús M. Garza, que había sido alumno de la Escuela Nacional de Agricultura, y que era de los jefes más queridos por el general Obregón, no sólo porque había formado parte de su estado mayor y le había salvado la vida en el cañoneo de Santa Ana del Conde —como el general Obregón relata en sus memorias—, sino por su valor y por su lealtad era muy apreciado, al grado que el general Obregón lo había nombrado comandante militar de la ciudad de México. Él fue el que nos acercó a todos los agrónomos con los dirigentes del obregonismo, entre los cuales figuraba el licenciado Portes Gil.

JW: Antes de llegar Portes Gil a la Presidencia, y usted como secretario de Agricultura, no había habido mucha repartición de tierra en comparación con el año de 1929. ¿Puede explicar las dificultades nacionales que surgieron de 1920 a 1928?

MRG: Sobre eso tengo escrito un libro, que también está en prensa. Entonces, si a usted le interesa conocer algunos aspectos de esa etapa, que es muy interesante, le voy a suplicar que espere a ver mi libro que se llamará: *La reforma agraria de México, su crisis durante el periodo 1928 a 1934*. Si usted

tuviera urgencia de ver ese texto, le puedo prestar algunas de mis copias a máquina, porque el libro está en prensa.

JW: Sí, por supuesto. Hablando de los asuntos en Tamaulipas, ¿tenían dificultades en implantar la reforma agraria allá?

MRG: La reforma agraria de México no se pudo implantar sin problemas en ninguna parte de la República. En Tamaulipas tuvimos el obstáculo serio de los prejuicios de que estaban animados muchos que creían que la reforma agraria sería un fracaso.

JW: En Tamaulipas tenían por lo menos las ligas de comunidades agrarias para respaldarla.

MRG: Las ligas de comunidades agrarias se organizaron después de que comenzó el reparto agrario. Hubo grupos agraristas que se organizaron en Tamaulipas para luchar contra el gobernador César López de Lara, que era enemigo del reparto agrario. Inclusive, cuando el general César López de Lara se levantó en armas como uno de los contingentes armados de la sublevación de los delahuertistas, los agraristas de Tamaulipas se lanzaron inmediatamente a combatirlo; pero, como había una oposición de la autoridad sumamente enérgica, es natural que el agrarismo no pudiera florecer. El agrarismo de Tamaulipas en realidad se organizó y cobró expansión con el apoyo que le brindó el gobierno del licenciado Emilio Portes Gil.

JW: ¿De dónde sacó sus ideas agraristas Portes Gil? ¿De qué estudios, de qué vida venía que quería implantar con tanto vigor la reforma agraria, cuando en muchos estados aún no la habían implantado?

MRG: Esa pregunta únicamente la podría contestar el licenciado Portes Gil. Pero creo poder decirle a usted que el licenciado Portes Gil, como hombre progresista, estuvo ligado, desde los primeros años de su servicio profesional, con quienes querían un México que evolucionara. En ese carácter, él estuvo ligado con las organizaciones obreras de Tamaulipas, inclusive en tiempos de don Venustiano Carranza. Él patrocinó a grupos obreros de Tamaulipas, de Tampico, que se lanzaron a la huelga, y con ese motivo lo encarceló el gobierno de Venustiano Carranza y lo mandó a lo que se llamó un viaje de rectificación hasta Chihuahua, como preso. Las ideas reformistas están de tal manera entrelazadas que cuando usted dice obrerista, pues piensa en una gente que tiene que ser adicta, que tiene que simpatizar con la reforma agraria; y cuando usted habla de un agrarista, tiene que pensar también en gente que ve con simpatía el progreso de la organización obrera. Me parece que fue una cosa normal, dentro de su categoría intelectual y dentro de su orientación política y social. Creo que mi amistad con él tuvo por origen esas actividades, y que después el trabajo nos estrechó en nuestra amistad.

JW: Durante esos años, al llegar allá e implantar la reforma agraria, organizó las ligas. ¿En qué forma y cómo?

MRG: La forma más o menos la establecía la misma aplicación del Código de la Ley Agraria. Según la Ley del 6 de enero de 1915, los pueblos tenían que solicitar ejidos. Para solicitarlos se organizaba un comité ejecutivo agrario. Después de que se daban las tierras se organizaba un comité administrativo. Entonces los pueblos se unían para hacer solicitud, se agrupaban alrededor de sus dirigentes, nombraban después gentes que condujeran la explotación de los ejidos: y estaba organizado un núcleo ejidal. Esos núcleos ejidales agrupados constituyeron la Liga de Comunidades Agrarias del Estado de Tamaulipas, y eligieron a sus directivos, su secretariado y se acabó. Yo redacté el proyecto de estatutos de esa Liga, que fue discutido en la primera convención de la Liga de Comunidades Agrarias.

JW: Usted preparó las memorias de lo convención.²

MRG: Con todo el material que reuní, pues me había quedado con el material. Había tomado a mi cargo la organización de esas convenciones, pues reuní el material y después, con el apoyo del licenciado Portes Gil, lo publiqué.

JW: Ustedes se hicieron de mucha fama en toda la República en esos años debido a esa reforma.

MRG: ¡Pues depende de con quién sea! Con los agraristas, sí; con los anti-agraristas, no.

JW: ¿Por qué?

MRG: Los antiagraristas nos acusaron que éramos demagogos, y que estábamos precipitando al país a un gran fracaso.

JW: En esos años Diego Rivera hizo los dibujos de sus libros.

MRG: Se los encargué porque era amigo personal de él, y los tengo todavía en mi poder. Lo hicimos con la idea de que les entrara por los ojos a los campesinos de Tamaulipas, para quienes ese libro estaba dedicado. Nosotros queríamos que los campesinos de Tamaulipas tomaran interés en la lectura, y para eso ofrecerles un texto que tuviera atractivo para ellos. Nos pareció que las ilustraciones de Diego Rivera eran el mejor vehículo con que podíamos conseguirlo. De hecho, cuando el licenciado Portes Gil inició su campaña agrarista en Tamaulipas, a mí me enterneció casi hasta las lágrimas llegar a una posición y oír que los campesinos le pedían al gobernador del Estado que les pusieran una escuela. Había muchos adultos que al llegar el profesor, siendo analfabetos, asistían a la escuela nocturna para aprender a leer, y cuando yo, en mis giras, les preguntaba por sus progresos, no pocos

² Véase la entrevista de 15 de mayo de 1964.

de ellos me contestaron (y también me emocionó mucho): “Ya sé leer, ingeniero; ya puedo leer el Código Agrario”: su libro de lectura era el Código Agrario.

JW: Ustedes querían cumplir con la Constitución de 1917.

MRG: ¡Nosotros queríamos un México mejor!

JW: Usando como su guía, naturalmente, la Constitución de 1917.

MRG: Absolutamente la Constitución. Nada que no fuera la Constitución, y nada que no fuera una constitución preparada para las necesidades de México.

JW: Al entrar Portes Gil a la Presidencia, lo nombró secretario de Agricultura, y entonces vino la repartición de tierras más grande que se había hecho hasta ese momento. En esos años algunos dicen que Calles llegó a otro punto de vista, especialmente en su viaje a Francia y Europa, en 1929.

MRG: No... eso habría que tomarlo desde un poco... atrás. En realidad cuando el general Calles ocupó la Presidencia de la República, en diciembre de 1924, era el abanderado de la Revolución. Durante su gestión, él pudo establecer un programa de organización económica, que ha sido el de la Revolución desde entonces: creación del Banco de México, obras de irrigación, de carreteras, etc.; al mismo tiempo, él trató de organizar la agricultura mexicana desde sus cimientos, creando para eso las escuelas centrales agrícolas, el Banco Nacional del Crédito Agrícola —del que yo fui el primer subgerente—, y los bancos ejidales. En determinado momento se movieron alrededor del general Calles influencias que le hicieron dudar con respecto a los caminos que seguíamos; le dijeron que México, con las reformas económicas que él había introducido, estaba ya en camino de ir hacia la prosperidad y que estorbaría mucho que siguiéramos expropiando tierras sin pagar la indemnización correspondiente. En un momento determinado lucharon cerca de él dos ideas fundamentales: la de quienes decíamos que si se proseguía con la reforma agraria de México todo se desquiciaría; y la de quienes decían que si se interrumpía la reforma agraria de México todo se retardaría y nos conduciría quizá al desquiciamiento. Le debo decir que el artesano de esa controversia fue un embajador norteamericano, que fue muy bien intencionado para México, el embajador Morrow.

JW: Bueno, quisiéramos hablar del papel que desempeñó el embajador Morrow. Él vino a México en 1927.

MRG: Él vino a México para conjurar una grave crisis que fue provocada por un embajador norteamericano anterior, que estaba seguramente a sueldo de los intereses petroleros norteamericanos. Ese embajador, que estuvo a punto de orillarnos a un conflicto internacional, que el general Calles conjuró con una gran inteligencia y con una gran lealtad, enviándole al Presi-

dente de los Estados Unidos los originales de toda la correspondencia que probaba que su embajador no procedía con sinceridad. El embajador Morrow vino en realidad como un abanderado de buena voluntad, y debemos reconocer que a partir de la gestión del embajador Morrow las relaciones diplomáticas y las relaciones privadas, entre los gobiernos y entre los ciudadanos, han mejorado ¡enormemente! No quiero criticar al embajador Morrow, de quien por lo demás tuve el gusto de cultivar la amistad, sino decir sencillamente que por su formación intelectual y financiera, por ser banquero, él no creía en la reforma agraria de México, y trató de que nosotros orientáramos nuestros pasos en un sentido diferente.

JW: Parece que él vino a México como representante de los Estados Unidos cuando los Estados Unidos habían tomado un rumbo muy conservador. Wall Street era verdaderamente "King" y el "Stock Market" estaba subiendo hasta el cielo, todos los ricos, todos, hablaban de estabilidad monetaria; todos venían hablando de "hay que eliminar los problemas entre el Estado y el clero; hay que eliminar los problemas del petróleo". Morrow vino con mucha amistad y voluntad de ayudar al gobierno de México, digamos, a resolver muchos de sus problemas; pero también trajo los puntos de vista de ese grupo que usted acaba de mencionar. Me pregunto, ¿qué es un buen embajador? ¿El que viene sólo con amistad, o el que viene con el propósito de influenciar con sus ideas? Tal vez el presidente Calles estuvo muy bien preparado en 1927, listo, digamos para recibir ese sentir de Morrow.

MRG: No podría contestarle en forma categórica, ni querría tomar la responsabilidad de calificar la conducta de un embajador de su país. Porque nosotros somos partidarios de la autodeterminación y condenamos todo intervencionismo, pero desde el punto de vista mexicano sí le quiero repetir que a mi juicio el embajador Morrow vino a México con las mejores intenciones; que logró establecer las bases y un entendimiento que ha sido después fructífero; que no le podemos culpar, y que yo, por mi parte, no lo culpo, por ser hombre de su tiempo, de su grupo, y de su modo de obrar. Él sinceramente creía en lo que nos aconsejaba, y que era, a su juicio, la base de la prosperidad en el pueblo norteamericano, y la base de la prosperidad en el pueblo mexicano; y eso nos orilló a un conflicto que es el que analizo en mi libro.

JW: Parece que aquí viene la crisis, porque Portes Gil llegó a la Presidencia y usted, como su ministro de Agricultura, repartía gran cantidad de tierras. Pero Calles regresa de Europa y habla de que "ya es hora de frenar la repartición de tierras...".

MRG: Se produce la crisis, indudablemente. El licenciado Portes Gil, como Presidente de la República, y yo, como secretario de Agricultura, teníamos que hacerle frente a una avalancha de críticas. Se establece el gobierno del

general e ingeniero, Pascual Ortiz Rubio, con ideas completamente contrarias a las que habíamos despertado. Fracasamos, en el sentido de que no logramos convencer de lo que nosotros pensábamos que era constructivo y benéfico para México. Caímos en desgracia política y tuve que irme a Europa por dos años, y no regresar sino cuando la tesis antiagraria está derrotada, y cuando el general Ortiz Rubio —empujado por las circunstancias— tiene que presentar su renuncia. Entonces llega a la Presidencia de la República el general Abelardo Rodríguez, que es el que restablece las cosas, que dicta un nuevo código agrario.

JW: Sí, pero bajo Rodríguez la repartición de tierras es más baja que la anterior a los días de Obregón.

MRG: No. En mi libro lo explico;³ porque en mi libro determino precisamente: varias son las cosas que deben reconocérsele al general Abelardo Rodríguez, aunque naturalmente él no pudo establecer más que las bases legales y sociales de la reforma agraria que condujo después el general Cárdenas. Pero al general Rodríguez hay que reconocerle esto: la expedición de un nuevo código agrario, el de 1934, que hizo posible todo lo demás (y fue realmente el código básico de México, porque con posterioridad ha sufrido reformas de detalles, pero nada fundamental); la expedición de un nuevo texto del artículo 27 de la Constitución, que declaró inoperante el amparo en materia agraria, que es sumamente importante, y la expedición del decreto que se llamó "De confirmación automática", y por virtud del cual todas las posesiones provisionales de ejidos que se habían dado en la República y que no habían sido revisadas por el Presidente de la República, quedaban confirmadas automáticamente con sólo que los pueblos no hubieran protestado contra ello. Creo que no se le ha hecho justicia al general Rodríguez, en el sentido de que él sentó las bases de una gran reforma agraria de México, aunque por el carácter de interino, de su gestión, él no pudiera hacer más que establecer los ordenamientos de base y crear el Departamento Agrario.

JW: Parece que ustedes tuvieron una lucha muy grande en 1929, porque fue el apogeo de esa influencia norteamericana de Wall Street; todo el mundo estaba bajo esa influencia, porque parece que el "Stock Market", la bolsa de valores, tenía tanto éxito que todo el mundo andaba bajo ese signo. Pero con la Depresión en 1929, y la depresión que continuó durante todo el decenio de 1930, el mundo —y también México— pudo escapar de esa influencia y pensar cómo resolver sus problemas, y en términos nacionales, como ustedes, Portes Gil y usted, querían hacer en 1929.

³ *La reforma agraria en México; su crisis durante el periodo 1928-1934*, Librería de Manuel Porrúa, México, 1964.

MRG: Creo que fuimos muy felices en poder mantener nuestros conceptos de lo que convenía a México, a pesar de que en el extranjero todo el mundo creía que estábamos equivocados. Es una demostración más de la sabiduría que hay en el adagio que reza: "Más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la calle".

SOBRE EL EJIDO Y ACERCA DE LA CAÍDA DE CARRANZA

11 de mayo de 1964

JW: Después de leer su muy interesante manuscrito sobre la crisis en la reforma agraria que está en imprenta, quisiéramos seguir la entrevista. Tal vez al principio pudiéramos hablar de lo que es el ejido, y de las maneras en que se han repartido las tierras, por ejemplo, comparando la Circular 51, del 11 de octubre de 1922, y la Ley del Patrimonio Ejidal, del 25 de septiembre de 1925. ¿Qué quiere decir "ejido" para usted?

MRG: Antes que nada permítame explicarle que lo que entiendo por ejido no está sancionado por ninguna definición que haya sido aprobada en la Academia de la Lengua Española, o en la Academia Mexicana. Sé inclusive que la Academia de la Lengua Mexicana, corresponsal de la Academia Española, propone dar una definición mexicana de lo que es ejido. Porque es indudable que lo que nosotros entendemos por ejido no se parece ni remotamente a lo que define el diccionario, o lo que define cualquiera de los diccionarios españoles, o a lo que se entiende por ejido en España. A usted le costará muy poco trabajo ir a cualquier diccionario y encontrar la definición de lo que es ejido. Se entiende por ejido, en términos generales, la tierra que rodea a los poblados y que está destinada a usos comunales, fundamentalmente, para que los pobladores tengan dónde apacentar sus ganados y obtener leña.

Para nosotros ejido es una cosa completamente distinta y debo decirle que los autores de esta nueva concepción mexicana, de lo que es el ejido, fueron los españoles mismos. Después de la Conquista, los conquistadores españoles se apoderaron de la tierra de México, desposeyeron a los indígenas, establecieron la encomienda y los repartimientos; le entregaron a cada conquistador que venía a pie, en tierra, lo que llamaron una peonía, y a cada conquistador montado una caballería; además de repartimientos crearon encomiendas y establecieron las bases de lo que acabó por ser el latifundismo mexicano. Pero simultáneamente con ello, los monarcas españoles se dieron cuenta de que existía una población indígena cuyo bienestar

deberían tomar en cuenta y desde el principio, trataron de que los indígenas mexicanos tuvieran tierra que les fuera propia, cuyo cultivo les permitiera vivir y que les diera además una base de estabilidad económica y de tranquilidad social. En las nuevas leyes, en la codificación de las Leyes de Indias, y en diversas disposiciones emanadas de la corona española, se comenzó a establecer una definición del ejido aplicable a México, que no tenía ninguna aplicación en España. Yo creo que pronto la Academia Mexicana de la Lengua dará una definición de lo que entendemos en México por ejido. Le debo decir que me ha consultado sobre el particular uno de los académicos, el profesor Daniel Huacuja. En una correspondencia al efecto, le dije lo que a mi juicio era la definición de ejido; si a usted le interesa revisar esa correspondencia, se la puedo prestar.

JW: Se ha hablado mucho del ejido, y parece que entre muchos autores que hablan de eso, y muchos autores que no han tenido mucha experiencia en asuntos agrarios, existe una confusión acerca de lo que quiere decir el ejido. En su libro, usted menciona la crisis de la reforma agraria y la dotación de tierras a ejidos entre 1928 y 1934, y habla de algunas personas que dijeron que la reforma agraria y la dotación de tierras a ejidos son un paso atrás, porque es regresar a la Colonia. Y usted dice que no lo es.

MRG: Eso tiene diversos matices que deben ser examinados. En realidad, cuando se inició la reforma agraria de México, con apoyo en la Ley de 6 de enero de 1915, la condición de los campesinos mexicanos había retrocedido hasta un punto que los colocaba económica y socialmente por debajo de lo que habían tenido durante la Colonia. Esa es la absoluta verdad, en términos de historia económica de México. En 1910, el campesino mexicano vivía con mayor estrechez y con menos libertades que como pudo vivir en los últimos años de la Colonia. La consolidación de los latifundios, la desaparición de los ejidos que había entregado la Colonia, el estado de sujeción a que el campesino, el peón acasillado había llegado, sin tener un ejido donde cortar leña y donde hacer apacentar sus ganados, demandaba una acción realista que principiara por romper en una forma terminante el orden de cosas existente. Si usted considera la realidad, el campesino que se lanzó a la revolución en 1910, vivía en sus "pegujales" y haciendas como peón acasillado, peor de como había vivido el campesino mexicano que se había lanzado a la guerra de independencia en 1810. Naturalmente había rancheros acomodados, pero eran muy pocos; había grandes hacendados, que eran poquísimos: ¡esos sí habían progresado! A través de nuestra lucha de Reforma el clero había perdido la mayor parte de sus bienes territoriales, especialmente en la zona rural, y en vez de que hubiera un gran latifundista que era el clero, había varios pequeños latifundistas que eran los hombres más acauda-

lados de cada una de las comarcas de México. Pero ellos constituían la excepción y no la mayoría. Creo que eso responde a su pregunta.

JW: Usted cree que la creación de ejidos y la dotación de tierras a las personas que han perdido sus tierras, ¿no es un paso atrás?

MRG: A raíz de la Revolución la situación de México era dramática; habíamos tenido una lucha que se había prolongado de 1910 a 1915. Con motivo de esa lucha, las fuentes de nuestra riqueza rural habían decrecido considerablemente: los campos estaban incultos, los animales de trabajo habían desaparecido, la riqueza ganadera de México había sido consumida por la Revolución. En Tamaulipas, por ejemplo, donde había una gran riqueza de ganado caballar, se arrearón recuas completas de caballos cerreros a los que se hizo pasar la frontera y que se canjearon por armas y parque. En Chihuahua y en Coahuila se hizo lo mismo; se mandaron muchas partidas de ganado que se exportaron a los Estados Unidos, con lo que produjo esa venta se armaron grupos de revolucionarios. Cuando llegamos a 1920 nos encontramos con que el campo de México había hecho la Revolución Mexicana; no sólo con la sangre de los campesinos, sino también con la riqueza territorial, con el capital de explotación que había sido constituido después de muchos años de paz.

JW: ¿La Ley del 6 de enero creó el ejido comunal? ¿Cómo lo arreglaron?

MRG: Eso vino después. La ley del 6 de enero de 1915 no dictaba ninguna disposición de organización ejidal.

JW: En la Convención Nacional Agraria.

MRG: La Ley del 6 de enero de 1915 creó la Comisión Nacional Agraria y dispuso que se les entregara ejidos a los pueblos. En realidad la Ley del 6 de enero puso más énfasis en la restitución que en la dotación de tierras. Se consideraba que todos los pueblos que habían sido desposeídos de sus tierras, por abusos que habían sido tolerados durante la dictadura, podían presentarse a reclamar lo que era de ellos, y que eso sería la base para reconstruir los ejidos que habían sido creados durante los años de la Colonia. A la postre se comprobó que muy pocos pueblos tenían títulos auténticos que pudieran presentar; que en muchos casos los ejidos habían sido fraccionados en términos de leyes constitucionales como fueron las de desamortización de bienes de manos muertas. Con las Leyes de Reforma se trató de acabar con los bienes de manos muertas que estaban en poder de un gran latifundista que era el clero; pero gentes que se interesaban en sacar provecho personal de estas disposiciones, pusieron el acento de esas leyes sobre el fraccionamiento de los ejidos de los pueblos, y a través de esa supuesta aplicación de las Leyes de Reforma, hicieron desaparecer los ejidos. ¿Cómo? Presentándose a un pueblo y diciendo: "Aquí tienen ustedes estos terrenos

que son ejidales; pertenecen a la totalidad del pueblo. Las leyes constitucionales ya no permiten eso; entonces vamos a fraccionar esas tierras, y a darles a cada uno de ustedes una parcela que sea su propiedad particular". Pero como los pueblos no tenían con qué pagar al ingeniero que hiciera los fraccionamientos, se presentaba el ingeniero, medía los ejidos, hacía sobre el papel un proyecto de cuadrícula, ponía en la lista de los adjudicatarios a todos los vecinos del pueblo. Después le decía a cada uno de ellos: "Aquí está el título de tu parcela; pero, como mi trabajo cuesta tanto, antes que yo te entregue el título me pagas mi trabajo". El campesino, que estaba en la miseria, no podía pagárselo. Entonces los hacendados de las fincas vecinas se presentaban, compraban por un plato de lentejas —como en la leyenda bíblica— los derechos de los campesinos, y así incrementaban los límites de sus haciendas hasta hacer desaparecer los pueblos.

JW: ¿Usted cree que fue el interés personal de algunos de los legisladores durante la Reforma, o su ideología liberal?

MRG: Fue su concepto liberal, y no sólo en tiempo de Juárez trataron de destruir varios ejidos —y él se opuso a ellos—, más aún, en los primeros años de la dictadura porfirista. Por cierto, a mi juicio no fue dictadura sino a la postrimería. Durante el gobierno del general Porfirio Díaz, que ocupó el poder 30 años, a mi juicio, por lo menos durante 20 años fue popular. Durante ese periodo en su correspondencia particular hay muchas cartas en las que él aparece defendiendo a los ejidos y a los pueblos. Es decir, él aparece sosteniendo ideas favorables al campesino, que hoy calificamos de agraristas.

JW: ¿Cree usted que no había muchos ejidos que perdieron sus tierras, que no tenían bastantes títulos?

MRG: No pudieron comprobar sus derechos a la restitución. Habían tenido tierras y las perdieron en una forma indebida. Pero fueron muy pocos los que pudieron conservar sus títulos primitivos, y los que pudieron ejercer su acción restitutoria en términos de la ley. Más bien ocurrió que, vista la imposibilidad de obtener la restitución, solicitaran dotaciones. Por otra parte, en algunos casos, los títulos que amparaban las tierras de los pueblos contemplaban una situación que había existido en 1800, que ya no era la que permanecía en 1915, de tal manera que en muchos casos se presentaron solicitando grandes extensiones pueblos que de hecho englobaron dentro de su ejido virreinal a otros pueblos ya existentes, que también tenían derecho a tierra.

JW: Antes de seguir con los años posteriores, tal vez podamos regresar al México de antes de la Conquista. ¿Usted cree que México tenía una tendencia hacia la vida comunal en esos años?

MRG: Hay obras sociológicas que examinan ese problema, y muchos autores lo han desarrollado con suficiente amplitud. No quisiera entrar a un

terreno que no es propio de mi especialidad; más bien le podía recomendar a usted los nombres de los autores que he consultado en algunos casos y que me han servido de orientación; además, no pierda usted de vista que México no existía como nación antes de la Conquista: existían los aztecas, los mayas, los tlaxcaltecas, los tarascos. Pero en general, por lo que se ha publicado, y en este aspecto es muy importante el libro de Kohler⁴ sobre los antiguos mexicanos, se sabe que la explotación de la tierra tenía que hacerse con subordinación a la técnica que entonces se podía practicar. En México, como usted sabe, antes de la Conquista habían desaparecido de nuestro continente los grandes cuadrúpedos. Existió en alguna época el bisonte, que es el más grande de los rumiantes; y existió el caballo, que es el más grande de los solípedos. Pero, ni ganado vacuno ni ganado caballar existía en esa época. Por esa carencia la agricultura de México tuvo que ser una agricultura de azada. Una de las grandes adquisiciones que tuvimos en América con el descubrimiento y con la colonización fue precisamente que los españoles nos trajeran a México y en general al continente americano, vacas y caballos. A partir de entonces fue posible la agricultura de arado; antes de eso sólo era posible la agricultura de azada y del trabajo manual del hombre que se dobla sobre el surco, y que no puede cultivar más que la extensión que es capaz de trabajar con sus brazos en un año agrícola.

JW: Es muy difícil establecer lo que verdaderamente pasó; pero sí podemos averiguar y establecer lo que las personas que han vivido la historia piensan que ha pasado —ya que esas personas han actuado conforme a esos pensamientos—; a veces sus pensamientos de lo que pasó son tan importantes como lo que verdaderamente ocurrió. Hablando de esos años de la Conquista, a veces es muy problemático establecer algo leyendo a tantos sociólogos.

⁴ Nota de Marte R. Gómez: Hago referencia al libro de Kohler titulado: *El derecho de los aztecas*, pero podrían también consultarse muchos otros autores, y comenzar por tratados de arqueología mexicana, como los de Bouchat o de Joyce. También podían consultarse, en general, los siguientes libros: *L'Amérique avant Colomb* de Paoul d'Harcourt; *La agricultura y el desarrollo de la civilización en Mesoamérica*, publicado por la Unión Panamericana; *Aztecs of Mexico*, de George Vaillant; *La organización política y social de los aztecas*, de Manuel M. Moreno; *Los antiguos mexicanos*, de Herbert Spencer; *El México desconocido*, de Carl Lumholtz, sobre los tarahumaras; *Organización social de los tarascos*, de Antonio Arriaga, acerca de la zona de Michoacán; *La civilización maya*, de Sylvanus Morley, sobre Yucatán.

En resumidas cuentas, al estudioso no le faltan fuentes de información y puede asegurarse que quienes hemos tenido alguna relación con la reforma agraria de México, y en general con los problemas sociales de nuestro conglomerado campesino, nos hemos preocupado siempre por estudiar los antecedentes políticos, económicos y sociológicos que involucra el problema.

MRG: En términos de economía etnográfica, se conocen varias etapas. Se conoce primero la trashumancia primitiva, es decir, lo que es una economía recolectora: el hombre que vive alimentándose con las frutas y plantas que puede recoger; de los animales de caza, de los peces que saca del mar, de los ríos o de los lagos. Esa fue la etapa inicial, anterior a lo que se llama el "sedentarismo agrícola". Esa etapa estaba sobrepasada en la mayor parte del territorio mexicano; sólo al norte existía todavía la vida recolectora. Después, en casi todo el mundo hubo lo que se llamó la etapa pastoril, es decir, el hombre que vive de apacentar ganados. Al no haber en México ni cabras, ni borregos, ni caballos, ni reses, esa etapa no existió. Sí hubo un cambio de etapa hortícola, es decir, el cultivo manual con azada de pequeñas superficies, explotadas intensamente para que de una pequeña área de cultivo pudiera obtenerse el elemento de un gran número de gentes. En esa etapa estaba México cuando llegaron los españoles.

En el México precortesiano existía la explotación agrícola de tipo hortícola, es decir, se cultivaban generalmente en chinampas, como aquí en la región de Xochimilco, pequeñas extensiones de las que se obtenían legumbres que permitían alimentar a las poblaciones. Las tierras estaban divididas en diversas secciones; no había una gran explotación colectiva; ni puede entenderse el colectivismo agrícola sino con el empleo de la maquinaria pesada moderna. Cuando el hombre trabaja con azada, es el hombre con sus dos manos el que puede hacer el trabajo! Pero sí había división de clases: estaban las tierras que se cultivaban para el soberano; las tierras que se cultivaban para la clase sacerdotal, encargada de regir las ceremonias del culto; las tierras que se cultivaban para la casta militar, encargada de asegurar la tranquilidad de los habitantes; y las que trabajaba el pueblo para su mantenimiento. En cierto sentido, había un principio de parcelamiento. Así, eso fue lo que en términos generales se perpetuó a través de los tres siglos de dominación española.

JW: ¿El ejido se basó en la realidad mexicana?

MRG: En la realidad mexicana precortesiana. Creo que los monarcas españoles legislaron a favor del ejido, tomando en cuenta lo que se hacía en el país, y que nosotros, cuando iniciamos nuestra reforma agraria, estudiamos también con cuidado todo lo que había sido México en cuatro siglos anteriores, para hacer algo que pudiera satisfacer los deseos del campesino mexicano, y que tuviera perspectivas de consolidarse a través de la experiencia secular de nuestros campesinos.

JW: Los marxistas basan mucho de su teoría en los estudios, por ejemplo, de Louis Morgan, quien escribió acerca de la antigua democracia comunal. ¿Ha leído a ese autor?

MRG: No lo he leído. Le confieso con sinceridad que no lo he leído.

JW: Adolph Bandelier también escribió acerca de la democracia comunal y de que México tiene esa base en el ejido en donde todos reparten las tareas y viven en armonía.

MRG: En teoría se puede especular mucho sobre eso. En la práctica hay muchas formas de organización que subsisten y se han sostenido. Caminando por México, he encontrado pueblos que se regían en forma comunal, que obedecían las órdenes de un cacique y que eran felices. Y he encontrado también muchos pueblos en que un presidente de comisaría ejidal, abusando de su autoridad, explotaba a sus compañeros del ejido, hasta hacerse odioso y reclamar el fraccionamiento. Sé que, por encima de lo que pueda teorizarse respecto al ejido, existe una realidad actual que no es la misma en todo el territorio, y que debe aceptarla la autoridad como expresión del deseo auténtico de las gentes. Creo que el teórico más grande del comunismo, que fue Lenin, tuvo alguna vez, con respecto a los campesinos, una frase que no he olvidado nunca, porque me parece que está llena de sabiduría: "Los campesinos tienen derecho de equivocarse, nosotros no tenemos derecho de contrariar sus deseos".

JW: Hablando del siglo XX, bajo la Ley del 6 de enero de 1915, el gobierno de México quería restituir las tierras perdidas. En la estimación de usted, ¿dotaron muchas tierras entre 1915 y 1922, cuando se promulgó la Circular 51?

MRG: Como usted ve aquí en mi estudio, doy las estadísticas de lo que se repartió allí. En realidad, de 1915 a 1920 Venustiano Carranza no repartió muchos ejidos. Él puso el acento, el énfasis de su acción agraria, en la recuperación de los terrenos nacionales que habían sido enajenados por la dictadura. Durante los últimos años del régimen porfirista se habían otorgado muchas concesiones, se habían dado tierras a llamadas compañías deslindadoras: esas tierras constituían grandes latifundios. Venustiano Carranza se preocupó mucho por hacer volver al dominio de la nación esas tierras. En ese sentido su labor agraria fue patriótica y fecunda. En cambio, en el aspecto de entrega de tierras a pueblos, fue sumamente frágil, y creo que precisamente por las pocas tierras que repartió fue por lo que él resultó impopular en 1920, y por lo que no pudo imponer un sucesor. No sólo eso; amén de que repartió pocas tierras, Carranza dictó dos disposiciones agrarias que fueron muy mal recibidas por los campesinos, y están contenidas en la colección de circulares de la antigua Comisión Nacional Agraria; una previniendo que ya no se dieran posesiones provisionales. Conforme la Ley del 6 de enero de 1915, los expedientes agrarios se sustanciaban ante los gobernadores de los estados: los gobernadores te-

nían derecho de dictar resoluciones de primera instancia, de dar posesiones provisionales de tierras. Esas resoluciones pasaban a la revisión de la Comisión Nacional Agraria en México, y a la resolución final del Presidente de la República. Pero, con sólo prohibir las posesiones provisionales y no dar sentencias definitivas, se paralizaba la acción agraria; y eso fue lo que hizo Venustiano Carranza al ordenar que suspendieran las posesiones provisionales.

JW: ¿En qué año fue eso?

MRG: Debe haber sido por 1918, lo menciono por allí. Es decir, si usted revisa la colección de circulares, lo que usted pregunta debe haber sido en 1918. Esa disposición prácticamente fue anticonstitucional porque era derogatoria de una disposición formal de la Ley del 6 de enero de 1915, que formaba parte de la Constitución. Pero no sólo hizo eso, sino que dictó también otra segunda circular por virtud de la cual no se tramitarían las solicitudes de ejidos antes de que los campesinos que fueran a beneficiarse con las tierras, firmaran su conformidad para pagar su importe. Es decir, obligaba a que el campesino fuera comprador de tierras y que no recibiera el beneficio en forma de dotación o de donación gratuita, como había sido previsto por la ley. Estas dos disposiciones fueron muy impopulares.

JW: El efecto de la elección de 1920 ha sido muy poco comentado porque todos hablan de énfasis político, Bonillas vino del extranjero, no conocía los problemas. Pero creo que se puede explicar mucho de la historia de México hablando del fenómeno social y económico, porque en ese ambiente andan los políticos.

MRG: Por supuesto. Le digo a usted una cosa: si en 1920 Carranza hubiera gobernado a satisfacción de los mexicanos, y les hubiera propuesto a los mexicanos un candidato de su gusto, los mexicanos habrían dicho: "Que siga un gobierno como el tuyo". Pero los mexicanos estaban disgustados; querían un cambio de cosas, y por eso se fueron a la oposición que encarnaba el general Obregón.

JW: Obregón llegó a la Presidencia con proyecciones del presupuesto mucho mayores, en materia social o económica, que Carranza, que había gastado tanto en pacificar el país sin dar las tierras.

MRG: ...Y sin pacificarlo. El estado de Morelos, durante todo el tiempo que Venustiano Carranza fue Presidente de la República, siguió levantado en armas. Zapata siguió levantado en armas contra Carranza; asesinaron a Zapata, y los zapatistas siguieron en pie de lucha. Cuando llegó el general Obregón y les dijo: "Les voy a repartir las tierras", dijeron: "Aquí está el fusil", y se pacificaron.

DE TODO UN POCO

JW: Obregón llegó con la Circular 51.

MRG: La Circular 51 es un poco posterior. Por cierto, debo decirle que yo redacté la Circular 51. En esos tiempos, la Comisión Nacional Agraria era la autoridad suprema en materia agraria. El general Obregón había intensificado el reparto de tierras durante los dos primeros años de su gestión. En 1922, siendo yo director auxiliar de la Comisión Nacional Agraria, me llamó el ministro y le expliqué que, a mi modo de ver, si la reforma agraria iba a tener éxito, ello sería porque no nos conformáramos con repartir tierras, sino que vigiláramos que esas tierras se trabajaran bien, y que su cultivo contribuyera al bienestar económico de quienes las hubieran recibido. Es decir, que la reforma agraria de México no decía: "Aquí está tu ejido; ¡adiós!", sino que esto no era más que el principio. El ministro de Agricultura, que era Ramón P. De Negri, un agrarista convencido, abundó en mi modo de ver. Y entonces me preguntó lo que sugería. Le dije: "Sugiero que se expida una circular en la que se establezcan las bases de la vigilancia tutelar que debe ejercer el Estado sobre la explotación del ejido, y que se cree un departamento que se encargue de dar asesoría técnica a los campesinos. Ese departamento, creo que debe llamarse Departamento de Aprovechamiento de Ejidos. Aprobó mi sugerencia, preparé la circular; se aprobó, salió firmada con la autoridad del secretario general de la Comisión Nacional Agraria, que era el licenciado Mendoza López.

Y se dieron los primeros pasos para la organización del Departamento de Aprovechamiento del Ejido, un departamento tan modesto en aquel momento que sólo iba a tener un ingeniero de aprovechamiento de ejidos por cada estado de la República. El departamento nació el 1 de enero de 1923. Nada más que yo ya no lo dirigí más que unos cuantos días, porque en aquellos momentos se presentó la necesidad de reorganizar la Escuela Nacional de Agricultura, y el ministro me llamó y me dijo: "Yo quiero que vaya a la dirección de la Escuela Nacional de Agricultura, porque de esa escuela tienen que salir los técnicos que luchen por la regeneración de los campesinos mexicanos". Así fue que pasé a la Escuela de Agricultura.

JW: Fue entonces cuando la Escuela se trasladó a Chapingo. Esa Circular fue muy completa, porque hablaba hasta de la vida que las personas deben de vivir en forma comunal, repartiendo las tareas entre las personas que toman parte.

MRG: No creo que esa fuera la gran ambición de la Circular 51. En aquel momento, contemplábamos ya la mecanización de la agricultura. Si coteja la popularización del tractor agrícola con la fecha de expedición de la Circu-

lar, encuentra que coincide más o menos con la mecanización de la agricultura en el mundo. Contemplé la necesidad de que la agricultura mexicana se pusiera al día con el progreso técnico, que era ya evidente en el resto de la Tierra; y que la explotación de una pequeña parcela no impidiera el empleo de la gran maquinaria agrícola, sino que el ejido tuviera todas las ventajas de la explotación intensiva con maquinaria agrícola de acción mecánica, independientemente de que en muchos aspectos siguiera prevaleciendo el interés individual.

JW: La Circular 51 dijo que ese departamento nuevo regularía todas las actividades de lo que iban a cosechar; y les indicaría cómo aprovechar las tierras: ¡una ambición muy grande!, ¡con un ingeniero en cada Estado!

MRG: Se trataba de una agricultura dirigida; en resumidas cuentas, una agricultura dirigida, con dos finalidades fundamentales; uno, la prosperidad de la nación; dos, el bienestar del individuo.

JW: Parece que el 25 de septiembre de 1925, siendo secretario de Agricultura Luis León, vino la Ley del Patrimonio Parcelario Ejidal para cambiar y para repartir la tierra a cada persona, y así acabar con la vida comunal de la Circular 51.

MRG: En realidad lo que había pasado era esto: durante los primeros años de la aplicación de la reforma agraria prevaleció una gran timidez en nuestras autoridades. Muy pocos estaban convencidos del porvenir que tendría el ejido en México. Había muchas gentes que creían que la ley agraria sería derogada pronto y que México no podría seguir expropiando tierras sin indemnizar a sus propietarios; que la presión interna y la presión internacional nos obligaría volver a los cauces universalmente aceptados del derecho público y del derecho privado. Y no entendían que un país pobre como México, que no tiene recursos en su Tesorería tiene a veces que violar algunas leyes para realizar propósitos importantes como el de la reforma agraria. Fue el gran rasgo de valor que tuvimos los mexicanos, y nunca nos felicitaremos bastante por ello. Durante todo ese tiempo, habiendo indecisión sobre el porvenir de la reforma agraria de México, se trataba de paliar sus inconvenientes a base de repartir tierras con cuentagotas; era una forma, como decimos los mexicanos, "de dar atole con el dedo".

Cuando se comenzó a contemplar la necesidad de que el ejido fuera realmente la base del sostenimiento económico de muchas familias campesinas, se pensó que los ejidos dados tenían muy poca superficie, que había que someter a revisión toda la acción agraria de los años anteriores, y para eso saber quién era quién en cada ejido, y qué recibía cada quien en cada ejido. Porque de hecho los pueblos le habían sacado la vuelta a la avaricia de los gobiernos a base de presentar censos inflados. Cuando había veinte cam-

pesinos en un pueblo presentaban un censo de 100 gentes, y los beneficiados realmente eran menos; pero aun así recibían muy poco. Entonces, la Ley del Patrimonio Parcelario Ejidal aspiró a quitarle al campesino la inseguridad. Uno de los mayores inconvenientes del ejido no fraccionado es precisamente el de la inseguridad en que vive el ejidatario. El ejidatario hace un parcelamiento provisional, conoce lo que es su tierra; pero si desaparece, se muere, todo su porvenir —todo su patrimonio— queda en entredicho. Ha existido siempre el deseo de que el campesino sepa a ciencia cierta lo que tiene y de que tenga seguridad de que aquello le pertenece y de que lo pueda heredar a sus hijos, para que todo lo que hagan allí quede a beneficio de los suyos. La ley, pues, aspiró a eso, y naturalmente, fue un intento de cerrarle el paso a un posible comunismo agrario; pero también desde el punto de vista mexicano fue un recurso para darle tranquilidad y estabilidad al ejidatario.

JW: ¿Estuvo usted de acuerdo con esas resoluciones al problema de la intranquilidad en las comunidades de ejidatarios?

MRG: Es decir, lo que veo hasta la fecha —no como teórico en materias sociales, sino como ciudadano de México— es que en muchos países donde se ha tratado de forzar la colectivización de la explotación de la tierra, los resultados económicos no han sido satisfactorios; que, en cambio, en otros países en que se ha hecho la ocupación total de la propiedad territorial, pero dejándose iniciativa al campesino, los resultados han sido mejores.

JW: Usted tenía esperanzas de una vida comunal para los ejidatarios en la Circular 51, pero después...

MRG: Yo tenía esperanzas en las zonas de gran prosperidad, especialmente en las zonas como la Comarca Lagunera, por ejemplo, como el Valle del Yaqui, donde es posible el empleo de la maquinaria en gran escala; es decir, donde las razones técnicas lo justifiquen. No creo que haya una respuesta política a esos problemas; hay una respuesta técnica, y el hombre público debe atenerse a los datos del problema y resolver de acuerdo con ellos.

JW: En la Circular 51, sus fines fueron relacionar la maquinaria con la vida comunal, cuando podía...

MRG: ...cuando podía hacerse. Para hacer menos penoso el trabajo del hombre y más fructífero su esfuerzo; pero no como una solución única.

JW: Usted no quería crear un comunismo agrario; quería crear un modo de trabajar la tierra efectivamente para todos; para la nación y para el individuo.

MRG: ¡Por supuesto!

JW: Con la Ley de 1925, ¿México entregó a cada ejidatario su parcela?

MRG: Desgraciadamente no pudo hacerse, porque el fraccionamiento de todos los ejidos de México habría reclamado el concurso de tal número

de topógrafos que estaba por encima de nuestras posibilidades. No habríamos tenido —no tenemos todavía en este momento— los topógrafos suficientes para hacer la planificación y el fraccionamiento de todos los ejidos de la República. Esa es una de las cosas que están todavía como propósito para lo venidero.

JW: En el régimen de Rodríguez, él aplicó mucho esta ley patrimonial.

MRG: Lo hizo con gran éxito en algunas comarcas; pero para hacerlo llegó al extremo de tener que recurrir al concurso de ingenieros militares.

JW: ¿Por qué?

MRG: Porque entonces, en el Departamento Agrario, que él creó, no había suficiente número de ingenieros para poder hacer ese trabajo.

JW: Y podía usar a los ingenieros militares.

MRG: En ese momento hubo un estado que era difícil porque estaba muy penetrado de propaganda extremista: el estado de Veracruz. Para destruir los propósitos de colectivismo agrario que algunos teóricos de la reforma agraria querían implantar en Veracruz, él ordenó que el parcelamiento se hiciera sobre todo en el estado de Veracruz, y allá no sólo fueron ingenieros del Departamento Agrario, sino también ingenieros militares que fraccionaron numerosos ejidos.

JW: ¿Por qué se quejaron tanto los tejedistas de la entrada de estos militares?

MRG: Porque ellos eran gente política que tenían una concepción de ese tipo. Ellos habían creado una Liga de comunidades agrarias que tenía inspiración comunista; habían ido a Rusia. Estaban muy influenciados por esas ideas.

Nosotros nunca hemos creído que el problema de la tierra de México deba resolverse más que por normas mexicanas, y de acuerdo con las necesidades y la idiosincrasia del pueblo mexicano.

Nunca criticamos lo que hacen otros. No nos interesa lo que hacen otros. A nosotros nos interesa lo que se haga dentro de nuestras fronteras, y lo queremos hacer para el bien de nuestros nacionales.

JW: Se puede aprender de lo que hacen otros y aplicarlo de nuevo a sus propias condiciones.

MRG: Créame usted que lo he estudiado en el mundo entero. He viajado por casi todo el mundo, y en todas partes he querido ver cómo vive el campesino, y qué se hace por el bienestar del campesino. Y de los países comunistas, por ejemplo, me interesa mucho más el resultado que han obtenido en Polonia que el que han obtenido en la Unión Soviética. Pero sigo creyendo que donde mejor han resuelto el problema de la situación del campesino es en Dinamarca y en Holanda, dos países calificados como capitalistas.

JW: Hay muchos que dicen que Calles se había convertido en un conservador en los últimos años de su gobierno y que quería evitar la repartición de

la tierra. Pero usted dice en su libro que él regresó de Europa convencido de que México necesitaba unos cambios para evitar minifundios, pero que nunca quiso impedir el reparto de la tierra.

MRG: Como todo hombre fuerte —el general Calles fue un hombre fuerte de México durante muchos años— él estuvo sujeto a presiones contradictorias, y a influencias de muy diversos orígenes y orientaciones. Aquí explico que el embajador Morrow, que ganó su confianza y su amistad a base de ayudar a resolver el problema internacional que México tenía con los Estados Unidos de Norteamérica, logró tener gran ascendiente sobre él; y el embajador Morrow creía sinceramente que México prosperaría cuando volviera a las normas sancionadas por todos los llamados hombres decentes de la Tierra; que a su juicio nunca expropiaban tierras. Entonces el general Calles le dio crédito a eso y naturalmente vio con simpatía que se introdujeran algunas reformas que eran en cierto sentido un paso atrás en materia agraria. Pero mi experiencia personal fue siempre la misma: cuando uno le hablaba con franqueza, cuando uno le explicaba las cosas, cuando uno le hacía sentir las necesidades, él aceptaba; él no tenía prejuicios, él era un buen mexicano fundamentalmente.

JW: Él entendía, por ejemplo, que si los agraristas no recibían tierras en 1929, no iban a respaldar a Portes Gil contra los militares en rebelión. Pero vino el péndulo a la derecha, como dice en el manuscrito de usted sobre la crisis de la reforma agraria en México, y vino Ortiz Rubio, que quería acabar con la reforma agraria.

MRG: Los partidarios de Ortiz Rubio consideraron que yo era enemigo político de ellos. Así, quiero ser sumamente cauto para opinar sobre el gobierno de Ortiz Rubio; porque uno no debe dar la impresión de que obra movido por el apasionamiento. Sentí mucho tener que distanciarme del gobierno en aquel momento, porque mis ideas no coincidían con las de ellos, y porque no se escuchara la advertencia que nosotros hacíamos, en el sentido de que si ellos se distanciaban de los campesinos, los campesinos se les retirarían, y que perderían el único apoyo popular que les permitiría subsistir, como acabó por ocurrir. Fuera de eso, le quiero decir que, a mi juicio, el general e ingeniero Ortiz Rubio tuvo poca fortuna durante su gestión, sobre todo porque había vivido muchos años fuera de México, y porque estaba distanciado de los problemas de México, de los hombres de México, y de las soluciones que México necesitaba. Él había salido del país en 1921, más o menos; regresaba en 1928. Siete años de ausencia de México, en una etapa de intensa acción revolucionaria, le habían hecho perder el pulso de la situación mexicana.

JW: Parece que al pasar por Washington, Ortiz Rubio se entrevistó con el presidente Hoover.

MRG: No lo sé.

JW: Antes de venir a México, como cita usted en su manuscrito, hizo una declaración: que el problema agrícola estaba resuelto porque iba a pagar con previa indemnización las tierras expropiadas.

MRG: Probablemente fuera la misma tendencia que el gobierno americano trataba de hacer prevalecer.

JW: Se dice que él hizo esa declaración después de entrevistarse con Hoover; hubo mucho entendimiento entre esos dos hombres y mucha amistad; y parece que estuvo convencido que los norteamericanos tenían mucha razón en lo que querían.

MRG: Sin comprender que para ser Presidente de México hay que darle gusto al pueblo mexicano.

JW: Precisamente porque usted fue agrarista dijeron en esa época que usted tal vez tenía que ver con el atentado contra Ortiz Rubio... Entonces usted tuvo que salir del país. Por dos años.

MRG: Casi dos años.

JW: ¿A dónde fue y qué hizo?

MRG: Salí exactamente el primero de mayo de 1930. Fui a los Estados Unidos primero; después hice un recorrido por muchos países de Europa. Me interesaron especialmente los pequeños países balcánicos, donde se estaba iniciando una intensa reforma agraria.

JW: ¿No tenía encargos oficiales?

MRC: No tenía. Traté de entrar a Rusia, pero no me dieron la visa, porque yo había sido factor importante para que rompiéramos relaciones con la Unión Soviética. No sé si usted recuerda que los últimos meses del gobierno del licenciado Portes Gil los soviéticos creyeron que México estaba ya maduro para una revolución comunista, y estuvieron haciendo propaganda y tratando de organizar grupos. Nosotros acabábamos de salir de la revolución de 1929; necesitábamos tranquilidad para reorganizar la economía del país. Entonces el licenciado Portes Gil llamó al secretario de Relaciones, junto conmigo, y le dijo: "Mire usted, el ingeniero Gómez es el ejecutor de mi política agraria; es un hombre de izquierda, se trata con muchos comunistas mexicanos, los recibe para atender sus peticiones en lo que es de justicia; no debe ser sospechoso para la Unión Soviética. Entonces, entrevístense los dos con el ministro de la Unión Soviética y díganle que nosotros no podemos creer que los ataques que el Partido Comunista nos hace en la Unión Soviética, y que reproduce aquí la prensa comunista, no sean inspirados por el gobierno soviético; que eso lo consideramos un acto inamistoso". Se los

dijimos, insistieron en su misma línea de conducta, y entonces el licenciado Portes Gil les dijo: "Como yo considero esto un acto inamistoso y una injerencia en los asuntos domésticos de México, rompo mis relaciones con ustedes". Ahora bien, como yo había sido el consejero que había actuado en eso, a mí me atribuyeron esa ruptura de relaciones.

JW: El licenciado Jesús Silva Herzog, que era en esos años ministro en la Unión Soviética, nos había dicho...

MRG: Él fue nombrado ministro en la Unión Soviética por recomendación mía; yo fui el que lo recomendó para ese puesto. Tengo correspondencia muy interesante con Silva Herzog de esa época —porque él se comunicaba en forma privada más conmigo que con la Secretaría de Relaciones— y me escribió ya cuando la situación estaba muy tensa, pidiéndome autorización, es decir, pidiendo que el Presidente de la República lo autorizara a salir de la Unión Soviética; y Silva Herzog se fue a Alemania y la ruptura lo agarró ya estando en Alemania.

JW: En relación con los comunistas en México, se dice que J. Guadalupe Rodríguez quería hacer una revolución y que tenía las armas para hacerlo durante la revolución escobarista. Fue fusilado.

MRG: Mire usted, fue un episodio muy penoso. J. Guadalupe Rodríguez fue realmente un buen líder agrarista del estado de Durango. Durante la revolución escobarista los agraristas de Durango se pusieron al servicio del gobierno y organizaron corporaciones que combatieron a los rebeldes con mucha eficacia. Los rebeldes declararon, y lo menciono aquí [señalando su libro sobre la crisis de la reforma agraria en México], que los agraristas los habían paralizado, y uno de ellos fue J. Guadalupe Rodríguez.

Ya vencido el escobarismo, J. Guadalupe Rodríguez —seguramente por recomendación de los dirigentes comunistas— se puso a herrar la caballada de los campesinos con la hoz y con el martillo, y a declarar que ellos iban a organizar "soviets", o cosas así. Eso causó mucha alarma al Jefe de Operaciones del estado de Durango y, desgraciadamente, de acuerdo con el gobernador provisional del estado, se acalararon, desarmaron a esos grupos agraristas, les quitaron la caballada y fusilaron a J. Guadalupe Rodríguez. En cuanto me informaron —porque esos contingentes agraristas estaban en contacto conmigo— del asunto fui a ver al Presidente de la República y le hice ver la gran equivocación en que habían incurrido. A él le molestó mucho. Entonces me ordenó que yo fuera a Durango a restablecer las cosas. Me fui en un tren militar (tengo fotografías del tren militar)...

JW: Alguna vez quisiéramos ver sus fotografías.

MRG: ¡Cómo no! ¡con todo gusto!... fui con una escolta de agraristas (todavía había gente levantada en armas), llegué hasta Durango. Los campesi-

nos estaban muy excitados; les expliqué que el gobierno no era responsable de aquello; se celebró una convención; me presenté ante la convención, hablé, expliqué la postura del gobierno, y después hice una gira por todo el estado de Durango; conseguí que el gobierno les pagara la caballada que les había sido quitada; se les devolvieron las armas, se les dieron ejidos. Y se restableció la armonía entre el gobierno y los agraristas. Pero siempre consideraron —los enemigos del régimen— que la muerte de J. Guadalupe Rodríguez era culpa del licenciado Portes Gil, cuando él no fue informado de eso sino cuando las cosas eran irremediables, cuando ya había sido fusilado. Tengo un expediente completo del fusilamiento de J. Guadalupe Rodríguez.

JW: En esos años los campesinos se estaban organizando en ligas de comunidades agrarias, y hubo —bajo Obregón, bajo Calles y bajo Portes Gil— cambios, el gobierno quería apoyar a diferentes grupos.

MRG: Las primeras ligas se formaron ya en tiempo del general Calles. En tiempos del general Obregón no hubo ligas de comunidades agrarias. Las ligas de comunidades agrarias se comenzaron a organizar a partir de 1926.

JW: Bajo Obregón, Díaz Soto y Gama tenía mucha importancia.

MRG: El Partido Agrarista, no la Liga de Comunidades Agrarias; era el Partido Nacional Agrarista.

JW: Sí. Y ese partido tenía diferentes fines que las ligas de comunidades agrarias de Úrsulo Galván.

MRG: Sí, por supuesto. El Partido Nacional Agrarista era un partido nacional que aspiraba tener en alto la bandera de la reforma agraria, a conseguir que se aplicara en toda la República la Ley del 6 de enero de 1915. Ellos querían tener, en la medida de lo posible, una fuerza parlamentaria, y querían tener gobernadores de estados, como los quiere cualquier partido político. Pero Soto y Gama sigue siendo hasta la fecha un idealista, un hombre generoso, sin verdadero empuje y ambición de político, y por eso su Partido Nacional Agrarista no fue nunca un gran partido nacional.

JW: Y surgió otro grupo.

MRG: Surgieron otros partidos, surgieron otros grupos; y surgió sobre todo la idea de que la organización campesina fuera estatal; y nacieron las ligas de comunidades agrarias.

JW: ¿Y Portes Gil y usted?

MRG: Organizamos la Liga de Comunidades Agrarias del estado de Tamaulipas.

JW: Al llegar a la presidencia tenían mucho interés en ver que las ligas de comunidades agrarias...

MRG: ...cobraran fuerza, claro.

LA REFORMA AGRARIA EN TAMAULIPAS

15 de mayo de 1964

JW: En esta sesión quisiéramos comenzar a hablar de los tres tomos de las convenciones de las Ligas de Comunidades Agrarias y Sindicatos Campesinos del estado de Tamaulipas.⁵

MRG: La primera convención se celebró en 1926 y el trabajo de impresión lo hicimos aquí en México, en la Imprenta Cultura, en 1927. La segunda convención tuvo lugar en 1927 y la impresión se hizo en 1928. La tercera se celebró en 1928, y la última se hizo en 1929. Celebramos todavía la convención de 1929 con la asistencia del entonces Presidente de la República, el licenciado Portes Gil; con asistencia mía, que ocupaba la Secretaría de Agricultura, y la presidencia de la Comisión Nacional Agraria, y con la asistencia del gobernador del estado de Tamaulipas. Pero el material que se había preparado, en la misma forma que esas tres convenciones, ya no llegó a mi poder porque tuve que salir del país en 1930. Al perderse ese material, y al entrar en crisis la reforma agraria de México, ya no se celebraron convenciones en forma regular. Y lo que se quiso que fuera un esfuerzo continuado y que señalara la progresión de la acción agraria en Tamaulipas, se quedó solamente en esos tres volúmenes.

Cuando el licenciado Portes Gil era gobernador de Tamaulipas, siendo yo su consultor en materia agraria —aunque ya no estaba en Tamaulipas, porque me habían traído a México a la subgerencia del Banco Agrícola— nosotros quisimos, en primer lugar, dar ocasión para que los campesinos se conocieran, para que apreciaran los problemas que iban enfrentando, para que se dieran cuenta de que más o menos en todo el estado ellos venían del mismo territorio, e iban hacia las mismas metas, y que hubiera cierta emulación entre ellos; es decir, que la ambición de ocupar un buen lugar los estimulara a trabajar mejor. Se nombraron delegados en la forma más democrática: en cada ejido se celebró una asamblea de ejidatarios, esos ejidatarios designaron un delegado; y por medio de esos delegados se integró la convención. La convención designó sus autoridades, esas autoridades dirigieron los trabajos. Nosotros nos colocamos en la posición de simples asesores para dirigir sus trabajos, casi como el que enseña a leer a un iletrado conduciendo la mano de los campesinos en estas primeras etapas de su organiza-

⁵ *Convenciones de la Liga... 1926, 1927, 1928*, tres tomos, Marte R. Gómez, ed., Editorial Cultura, México, 1927-1930.

ción, con el propósito de que la organización fuera de ellos, de que ellos le tuvieran cariño y que lucharan por su existencia.

Cuando se presentó la idea de imprimir los trabajos, le propuse al licenciado Portes Gil que tratáramos de que este libro fuera atractivo para los campesinos, es decir, que tuviera ilustraciones que pudieran ser vistas como se ven los monitos en los periódicos ilustrados, sólo que hechas por un genio de la pintura como fue Diego Rivera. Le di a Diego Rivera el texto por ilustrar, y él fue haciendo ilustraciones que, como usted podrá darse cuenta, corresponden en su contenido plástico con la intención literaria. La introducción es de mi cosecha, lo demás también. Esta pequeña descripción de Tamaulipas es naturalmente preparada por mí, para dar una idea de lo que fue Tamaulipas, y después su evolución agraria.

JW: ¿Usted reunió la estadística?

MRG: Yo reuní la estadística, sí. Todo este material fue preparado por mí, hasta la página 33 fue preparado por mí. Esta invocación también es hecha por mí. Aquí comienza el trabajo verdaderamente de la convención: la convocatoria para la convención. La convocatoria fue firmada por el gobernador del estado, naturalmente. No falto a la verdad si digo que preparé estos textos. Después se hizo el programa de los trabajos, el registro de credenciales, como era de rigor. Todo se registró. Después, naturalmente, aparecen los telegramas que se enviaron a las distintas autoridades para dar conocimiento de la iniciación de los trabajos, y para normalizar las cosas. Aquí vienen los discursos que fueron pronunciados para orientar a los campesinos. Esos discursos hablaban por sí solos. Asistí a esta primera reunión, ya como representante del secretario de Agricultura, quien me delegó su representación. Naturalmente se trataba de llevar frases de aliento a los campesinos, de alentarlos al trabajo, de hacerles sentir sus responsabilidades; porque el gobierno de México sintió el deber de repartir tierras a los campesinos; pero el cumplimiento de ese deber imponía también deberes correlativos a los campesinos y nosotros siempre hemos estado sumamente deseosos de hacerles entender a los campesinos esas responsabilidades.

JW: ¿Vinieron los campesinos con sus propias ideas? ¿Contaban con suficiente preparación para tener esa concepción de la democracia?

MRG: Tenían una idea muy clara de la democracia y la ejercitaron; pero no tenían idea de organización. En juntas previas, nos reunimos con ellos y comenzamos a redactarles lo que se llamaron sus "informes". Es decir, se le pidió a cada campesino, a cada representante, que rindiera un informe del estado de su ejido, con la idea que nosotros nos pudiéramos dar cuenta de cómo pensaban, de qué querían, y a dónde iban. Con estos resultados se hizo después una clasificación de ejidos, y eso sirvió para que los campesi-

nos que representaban ejidos atrasados sintieran una verdadera pena y formularan votos muy sinceros en el sentido de regresar al año siguiente con una mejor clasificación.

JW: Clasificación en qué sentido.

MRG: Según su estado de progreso económico: "primera categoría", etc.

JW: Al traer a todos los ejidatarios a un lugar, ellos podían oír, ver y comunicarse el uno con el otro para entender...

MRG: ...para entender lo que estaban haciendo y para darse cuenta de hasta dónde les convenía ir.

JW: En 1926 aún no había mucha comunicación dentro de un estado, ni dentro del país.

MRG: Eran difíciles las comunicaciones; así es que, en realidad, los campesinos se fueron a reunir allí, a conocerse por primera vez. Y el trabajo más importante que tuvo lugar en esa primera convención, después de que conocieron sus informes y que se dieron cuenta a qué grado de adelanto habían llegado, fue el de discutir lo que se llamaron "los estatutos" de la Liga de Comunidades Agrarias. Preparé el borrador de esos estatutos e hice la exposición de motivos sobre lo que quería decir cada uno de esos artículos. Esta es la razón de por qué fuimos proponiendo cada uno de los artículos de que se componen los estatutos de la Liga de Comunidades Agrarias. Estos estatutos fueron aprobados, le sirvieron de base a la Liga de Comunidades Agrarias, y fueron después tomados como inspiración por otras ligas de comunidades agrarias.

JW: Los campesinos, ¿vinieron subvencionados por el gobierno, o pagaron ellos sus gastos?

MRG: El gobierno les dio gastos para su traslado, los ayudó para su traslado. Además, existió siempre la idea de que tuvieran un hogar propio; así es que, como usted verá más adelante, en 1929 se pudo construir en Ciudad Victoria la Casa del Agrarista, una casa en que los campesinos pudieran llegar sin necesidad de pagar ninguna asistencia, donde pudieran ocupar una cama, donde pudieran meter inclusive sus carretas o sus caballos al patio y a las caballerizas y salir a tramitar sus asuntos. Tenían una enfermería, una pequeña biblioteca, una sala de reunión; es decir, un verdadero club para campesinos. A semejanza de esa Casa del Agrarista en Ciudad Victoria se construyeron otras en la República, e inclusive la Casa del Agrarista de México reconoce como antecedente a aquélla que fue la primera que hubo en la República. En los otros volúmenes prevalece el mismo criterio, salvo, quizá, algunas cosas de presentación estadística, hubo siempre una introducción.

JW: A veces es un poco difícil comparar la estadística de un año con la de otro.

MRG: No. Son perfectamente comparables, están hechas sobre la misma base. Si se fija en estos cuadros del final, encuentra que se corresponden exactamente.

JW: En cada año está igual.

MRG: Está hecho con criterio estadístico. En este segundo año, lo que creo que tiene verdadera importancia es este discurso que ve usted en la página 299, que tuve que hacer porque un obrero de Tampico que fue a la convención como delegado fraternal hizo un elogio muy cálido de lo que acababa de ver en la Unión Soviética. Él venía seducido por las ideas del comunismo; su propósito era arrastrar a los campesinos de Tamaulipas hacia el comunismo. Y tuve que explicar las razones por las que, a mi juicio, los campesinos de México tenían que seguir su propio camino.

JW: Y eso comienza en la página 299.

MRG: Todo lo demás obedece a los mismos propósitos y orientación, siguieron las mismas normas. Como usted ve, Diego Rivera, en la introducción de la quinta sesión, estableció la fraternidad entre el obrero y el campesino, con inspiración completamente soviética, porque esa era su ideología, esa era su idea. Pero nosotros siempre hemos insistido en que los problemas de México son de México y que las soluciones de México tienen que ser planteadas por México.

JW: Las tierras que ustedes repartían en esos años, comenzando en 1925, en Tamaulipas, ¿fueron ya bajo la Ley del Patrimonio Familiar?

MRG: Sí, por supuesto. Es decir, la Ley del Patrimonio Familiar se estableció en 1926 y en Tamaulipas no se hizo ningún fraccionamiento legal; pero desde el primer momento se hicieron parcelas individuales provisionales y cada campesino supo lo que era su parcela, lo que era su propiedad y la cultivó.

JW: En ese sentido de la ley vamos a seguir, por ejemplo, cómo un pueblo en Tamaulipas debía recibir sus tierras y la manera cómo las recibía.

MRG: El mecanismo era el de la ley: se presentaba la solicitud, la solicitud se llevaba a la Comisión Local Agraria, en la Comisión Local Agraria se instauraba el expediente. Eso quería decir: dar aviso a la Comisión Nacional Agraria, notificar a los propietarios posiblemente afectados, ir a recabar los datos técnicos, formar el censo, hacer el plano, calcular la distribución de las afectaciones entre los distintos propietarios colindantes, y someter el proyecto de resolución al gobernador del estado. Yo le llevaba el acuerdo al gobernador del estado, un informe de la situación, le explicaba cómo estaban las cosas, le sometía el plano. Él, que tenía un gran fervor agrarista, aceptaba; y entonces íbamos y les dábamos la posesión provisional. La posesión provisional quería decir entregar la superficie global del ejido. Después, los campesinos, entre ellos mismos, hacían la asignación de parcelas, sin necesidad

de que el personal técnico de la Comisión Local Agraria, que era poco numeroso, perdiera tiempo en eso. Eso subsistía hasta que venía la resolución definitiva, es decir, la del Presidente de la República. Entonces se daba la posesión definitiva, que confirmaba o modificaba en algunos aspectos la del gobernador del estado. Y según qué confirmara, o qué modificara, las parcelas inicialmente repartidas subsistían tal y como habían sido otorgadas inicialmente, o se modificaban ligeramente. Pero de todas maneras, desde el primer momento, aunque no hubiera parcelamiento topográfico, había asignación de parcelas y cada campesino sabía lo que le pertenecía.

JW: Entonces, era primero la comisión local agraria, luego el gobernador, y después el Presidente.

MRG: La Comisión Nacional Agraria y el Presidente.

JW: ¡Cuatro pasos! ¿Y se tardaban mucho tiempo en esos años?

MRG: Allí, en la estadística, lo podrá ver. Allí podrá ver la fecha en que se iniciaba, porque está sellado el orden progresivo de los expedientes: la fecha de las solicitudes, la fecha de instrucciones, la fecha de las resoluciones, la de las posesiones provisionales, y la de las resoluciones definitivas.

En general, a medida que fue pasando el tiempo, el periodo que transcurría era menor. Al principio tardaba mucho tiempo antes de que se resolviera un expediente; después se fue encontrando el mecanismo adecuado, se fue reforzando el personal técnico, se fue venciendo también la oposición de los enemigos de la reforma agraria y ésta pudo caminar a mayor velocidad.

ALGO SOBRE LA COMARCA LAGUNERA. LA LEY DEL PÉNDULO

JW: ¿Y los cambios después? ¿Cómo se podía formar una extensión en común? Por ejemplo, ¿en La Laguna?

MRG: No se le olvide que en realidad la reforma agraria de La Laguna principió en 1938, es decir, ya en tiempos del general Cárdenas. Durante mucho tiempo los gobiernos de la Revolución tuvieron cierto temor de aplicar la reforma agraria en terrenos valiosos, desde el punto de vista no sólo del costo de la tierra, sino desde el punto de vista del valor de la producción de la tierra misma. Se consideraba que saliendo de una revolución, que teniendo poca superficie en cultivo, careciendo de implementos de trabajo y de animales de trabajo —por el mismo desgaste que la Revolución causó— era muy importante no interrumpir el proceso de producción de las zonas que estaban más o menos bien explotadas. Al mismo tiempo que nosotros pensábamos que expropiar tierras mal aprovechadas o incultas no beneficiaba la producción del país, también éramos conscientes de que expropiar

ciertas tierras valiosas —y que estaban siendo más o menos bien trabajadas— podía agravar el problema en vez de ayudar a resolverlo. Entonces, la comarca de La Laguna fue una de las regiones en las que poco se trabajó, desde el punto de vista de la reforma agraria.

Además, siempre pensamos que desde un punto de vista técnico la introducción de la reforma agraria en la Comarca Lagunera requería que los campesinos beneficiados pudieran recibir: 1. Riego. 2. Crédito. El sistema de irrigación de la Comarca Lagunera estaba concebido para la explotación de grandes propiedades, no había almacenamiento; no había más que el aprovechamiento de avenidas por grandes canales. Siempre pensamos que el primer paso para iniciar la verdadera reforma agraria en la Comarca Lagunera tendría que ser el control del agua. Es decir, la construcción de una presa de almacenamiento, después el control de las norias con el agua de riego, y tres, el crédito oportuno para los campesinos.

JW: ¿Y usted tenía parte en eso?

MRG: El acuerdo presidencial que declaró de utilidad pública la construcción de la presa del río Nazas fue firmado en 1929, siendo presidente Portes Gil, y yo secretario de Agricultura.

JW: Hubo una base para...

MRG: Esa era la base necesaria. El general Cárdenas, en cuanto aplicó la reforma agraria en La Laguna, decidió que se comenzaran las obras de la presa.

JW: Al crear ese cultivo en común, ¿tenía la base legal? ¿Cuál era la base legal?

MRG: Era sobre todo base técnica. En la Comarca Lagunera, como usted sabe, la unidad de cultivo era lo que se llama todavía un "lote". Un lote es una superficie de 100 hectáreas bordeadas. Se hacían lotes de 100 hectáreas que se rodeaban con un bordo, ahí se metía lo que se llama todavía el "riego", cuando venía la avenida del río se abrían los canales, se abrían las compuertas, se anegaban los lotes —se ponía una capa de un metro de agua en los lotes—; cuando el agua se infiltraba se decía: "la tierra está a punto". Entonces se sembraba, había que sembrar 100 hectáreas porque el agua se metía a 100 hectáreas; porque después que la tierra estaba a punto había que sembrar 100 hectáreas. Entonces carecía de sentido fraccionar eso.

JW: Ese método técnico, ¿anduvo dentro de la Ley del Patrimonio Familiar?

MRG: Sí. La ley permitía que, en condiciones técnicas adecuadas, se hiciera el cultivo colectivo, no por razones políticas sino por conveniencia técnica.

JW: En su libro sobre la crisis de la reforma agraria, dice que antes de 1929 la Corte Suprema ponía obstáculos a la entrega de la tierra.

MRG: Sí señor.

JW: Parece que usted ve la historia como un péndulo.

MRG: Me agrada esa concepción; no sé si sea muy ortodoxa, pero me parece que corresponde más o menos con la realidad.

JW: Sí. Hay unos historiadores —incluyéndome a mí— que ven la historia de ese modo: si el péndulo se va a un lado, vienen tensiones y presiones para imponer un cambio.

MRG: Somos de la misma escuela.

JW: Hablando de la historia de México en el siglo XX, tal vez podamos ver cómo anda este péndulo. Comenzando, por ejemplo, con la Revolución de 1910, ¿cómo ve estos cambios en la política nacional?

MRG: Desde 1901 a 1910, la marcha de México se inclinó completa y resueltamente hacia la derecha. No creo que todavía en 1901, o en 1904, por ejemplo, el general Porfirio Díaz haya sido impopular en México. El general Díaz era popular, y gracias a que fue popular pudo reelegirse. Es decir, nuestros conciudadanos creían todavía que los males de la anarquía que el general Díaz había conjurado, eran más graves que los de la dictadura que comenzaba a entronizarse. Hubieran querido inclusive, creo yo, que en 1910 el general Díaz se eligiera una vez más como Presidente de la República; a condición que pusiera un vicepresidente que fuera popular, que respondiera a los deseos del pueblo mexicano, y que garantizara un cambio de frente al morir el general Díaz, como por su edad se consideraba que ya era indispensable. La crisis se produjo cuando los consejeros del general Díaz, engolosinados con el largo tiempo que tenían en el poder, creyeron que podían hacer una imposición más, semejante a las que ya habían hecho. En realidad, habían hecho imposiciones aceptables para el pueblo mexicano. La de Corral como vicepresidente era una imposición inaceptable. Madero, como usted sabe, al entrevistarse con el general Díaz le propuso resueltamente que apoyaría su candidatura a la Presidencia de la República si él aceptaba que el pueblo eligiera libremente a su vicepresidente. Al no producirse ese arreglo —que “Los Científicos” estorbaron por todos los medios que tuvieron a su alcance— tuvo que venir la ruptura, la organización del partido antireeleccionista y, por lo mismo, la constitución de un grupo hostil al del general Díaz que desembocó en la Revolución.

JW: Hablando de la vida económica y de la depresión de 1908.

MRG: Creo que en mi conferencia explico cierto paralelismo entre la depresión de 1908 y la depresión de 1808. Es decir, hubo un estado de malestar en el campo, que naturalmente se reflejó en forma de necesidad, falta de trabajo, falta de actividad y, por lo mismo, irritación en la gente y deseo de un cambio violento de las cosas. Eso fue lo que ocurrió. Sin embargo, la necesidad de una reforma agraria comenzaba a planearse ya desde 1906, como usted lo conoce, por el Programa del Partido Liberal. Este programa fue

recogido en el Plan de San Luis por Madero; y aunque desgraciadamente Madero, como Presidente de la República, no dio pasos positivos hacia la reforma agraria, no por eso deja de ser verdad que la idea de la reforma agraria siguió vibrando en el ambiente.

JW: Parece que con la vida económica, social y política...

MRG: Todo concurre.

JW: En 1910, por primera vez en muchos años, ocurrieron muchos hechos, porque la gente no quería otra vez una imposición de Díaz. La vida económica explica mucho de la vida política de esa época. Siguiendo adelante, con Madero, ¿qué pasó con el péndulo?

MRG: Desgraciadamente, con Madero no fue tan a la izquierda como el pueblo quería.

JW: ¿Fue más al centro?

MRG: Fue al centro en el momento en que todas las fuerzas telúricas del mundo indicaban la conveniencia de que nos lanzáramos hacia la izquierda. Por eso hubo gentes que de buena fe siguieron en armas, como fueron los zapatistas; y gentes que de mala fe se levantaron en armas, como fueron los que siguieron a Pascual Orozco en Chihuahua. Pascual Orozco fue un hombre que se identificó con la Revolución, aunque quizá él no se dio cuenta de que era al final un tráfuga de la Revolución. Pero cuando él se levantó en armas contra Madero, a pesar de que dijo que lo hacía porque Madero no había cumplido con la reforma agraria, la verdad era que él ya estaba de acuerdo con los latifundistas de Chihuahua, especialmente con Terrazas. La gente lo vio tomando champaña con Terrazas en el casino de Chihuahua, y lo vio también dando certificados de los daños que le había causado la Revolución a Terrazas, para que lo indemnizaran.

JW: Zapata no entendía ese movimiento del norte.

MRG: Zapata creyó que era sincero el movimiento del norte, y estuvo dispuesto a subordinarse, inclusive a Pascual Orozco. Cuando se dio cuenta de que Pascual Orozco no era un revolucionario sino un convenenciero, no sólo lo desconoció como jefe sino que fusiló a su padre.

JW: Entonces el péndulo ha llegado más o menos al centro. ¿A dónde va con Huerta?

MRG: Es una cosa muy curiosa. Huerta era un ambicioso, él quería ser Presidente de la República de México; no le importó ensangrentarse las manos para llegar a ocupar la primera magistratura de la nación, y con tal de quedarse en ella hubiera sido capaz de hacer cualquier cosa, inclusive de hacerse revolucionario. Él ofreció la reforma agraria. Cuando le mandó emisarios a Zapata le abrió las puertas diciéndole que estaba dispuesto a llevar a cabo la reforma agraria. Si lee declaraciones de Huerta, si lee proyectos de

Huerta, inclusive se enteró de que él habló repetidamente de que había que resolver el problema agrario de México, y que quiso dar tierras; inclusive hizo reparto de tierras. No sé con qué tanta seriedad, porque no lo he investigado a fondo. Pero aquí en las puertas del Distrito Federal anunció repartos de tierras; por lo menos lo anunció oficialmente en sus informes. Sólo cuando se dio cuenta de que los mexicanos no toleraban el crimen que había cometido, paulatinamente —en vez de buscar el apoyo de la izquierda—, tuvo que irse arrimando más y más a la derecha. Reunió a los hacendados, les pidió que cada uno de ellos le diera cincuenta hombres armados para combatir a la Revolución; y se echó en brazos del latifundismo mexicano.

JW: ¿Usted cree que Huerta llegó a la presidencia con el apoyo del embajador norteamericano, Henry Lane Wilson, para acabar con la Revolución?

MRG: Estoy absolutamente seguro. Es evidente que su embajador Wilson fue un hombre nefasto para México, y además no fue sincero. Si él hubiera creído sinceramente que su papel lo desempeñaba para mejorar las relaciones y para ayudar al progreso de México sería respetable; porque un hombre que se equivoca sinceramente, es respetable.

JW: ¿Él quería mantener a México bajo el dedo de los Estados Unidos?

MRG: Lo que quería era dinero del gobierno de México y le insinuó a Madero que le diera dinero. Hay constancias escritas de que algunos familiares de Madero, inclusive, apoyaban esa demanda y le decían al presidente Madero: "Dale dinero, porque si no, no te va dejar tranquilo". En cambio, otros de los ministros le decían: "No, no es limpio, no es honesto que México compre a un embajador norteamericano". Así, se desarrolló en su embajador un complejo de odio contra Madero y contra la Revolución. Y se creyó hombre predestinado para cambiar el orden de las cosas en México, y se hizo el campeón de los famosos arreglos de la Embajada que le dieron término a la Decena Trágica y que abrieron la verdadera Revolución de México.

JW: Con Huerta el péndulo tuvo que llegar a la derecha.

MRG: A la extrema derecha, sí. Después principió a moverse hacia la izquierda, a medida que progresaba la Revolución. Como usted sabe, al dictar su Plan de Guadalupe, Venustiano Carranza no quiso que en dicho plan se hicieran figurar promesas de reforma social. Varios de sus segundos se lo pidieron y él se opuso de manera obstinada haciéndoles entender que la lucha iba a ser larga; que en esa lucha él no quería que hubiera conflictos que evitaran la unión de los mexicanos, fuera del propósito fundamental que él les señalaba, que era el de restablecer el orden constitucional en el país y sacar de la presidencia de la República al criminal que se había apoderado de ella en una forma ilegal.

Después, poco a poco, la razón fue haciendo que las necesidades de la reforma agraria se hicieran sentir en varias entidades de la República. Desde luego, en Matamoros Lucio Blanco hizo un reparto de tierras. Usted sabe que Carranza mandó inmediatamente delegados que le dijeran a Lucio Blanco que no hiciera más repartos de tierras. Eso está registrado históricamente. Después el gobernador de Durango, Pastor Rouaix, dictó también una ley agraria al ocupar los revolucionarios el estado de Durango, y él lo entrevistó y le hizo ver la conveniencia de que no la pusiera en aplicación. Con Villa algunas gentes hablaron también, y él les indicó en primer lugar que la cuestión agraria no era asunto de los militares sino del poder civil; y luego les recomendó que no hicieran ninguna asignación de tierras. En realidad, fuera de los zapatistas, que seguían con la bandera del Plan de Ayala, ninguno de los revolucionarios habló completamente de reforma agraria sino a partir de las llamadas "Conferencias de Torreón". Con la intención de restablecer la armonía entre los grupos constitucionalistas fueron a Torreón como delegados del Cuerpo de Ejército del Noreste, cuyo jefe era el general Pablo González, varios jefes, entre ellos, el general Antonio Villarreal. En esas Conferencias de Torreón se planteó resueltamente la necesidad de atacar el problema agrario, y los delegados del Cuerpo de Ejército del Noreste, es decir, los carrancistas, suscribieron junto con los villistas una demanda en ese sentido, que le sometieron a Venustiano Carranza, quien se fue dando cuenta más y más de que eso era indispensable; cuando vino la ruptura en el seno de la Convención, los norteros, movidos por el general Felipe Ángeles, propusieron que se fuera a buscar a los zapatistas y que se les pidiera se incorporaran a la Convención. La delegación zapatista fue y pidió inmediatamente que se reconociera el Plan de Ayala como normativo de la reforma agraria de México. Ya antes, en el famoso Pacto de Xochimilco, Villa había dicho que estaba dispuesto a aceptar las ideas del Plan de Ayala. Ante esa actitud de zapatistas y villistas, ante la proclama que lanzó el general Eulalio Gutiérrez como presidente de la Convención, Carranza comprendió que ya no podía posponer más este problema y dictó en Veracruz la Ley del 6 de enero de 1915.

JW: Mientras la Convención gobernaba, ¿cree usted que el péndulo se fue hacia la izquierda?

MRG: A partir de la entrada a la ciudad de México y de la reunión de la Convención, el péndulo se encaminó resueltamente hacia la izquierda.

JW: ¿Al triunfar Carranza?

MRG: Al triunfar Carranza hay un momento muy curioso: él comienza a resentir una gran presión internacional, de la cual ustedes son los principales responsables. Teniendo todavía grupos armados en contra de su régi-

men; teniendo, inclusive, en Chihuahua, la expedición punitiva del general Pershing; no contando con la unanimidad de la opinión pública porque seguían levantados los villistas, convencionistas y felicistas; estando él asediado desde el extranjero y asediado en el interior, no se siente con la autoridad necesaria para imprimir una marcha vigorosa a las reformas que México está demandando. Con el propósito de sostenerse políticamente, es decir, considerando que su primera necesidad es la de sobrevivir, comienza a poner menos vigor en la aplicación de las reformas sociales.

JW: Carranza siempre pensaba en mantener su posición y en vencer al enemigo. Antes de escribir el Plan de Guadalupe dijo: "Si hablamos de radicalismo vamos a perder mucho apoyo"; y al llegar a la Presidencia dijo lo mismo.

MRG: Dijo otra vez lo mismo.

JW: Pasando ya hasta 1920, a la entrada de Obregón, parece que el péndulo se va hacia la izquierda.

MRG: Va hacia la izquierda resueltamente.

JW: ¿Y con Calles?

MRG: El general Calles es un caso sumamente importante en la historia de México: es un hombre de ideas avanzadas; es un hombre que quiere ayudar a la consolidación del mejoramiento de las clases campesinas de México; es al mismo tiempo un estadista; es un hombre que ve con claridad los problemas de México y que ataca, económicamente, los más graves de ellos. Crea el Banco de México, crea el Banco Nacional de Crédito Agrícola, crea los primeros bancos ejidales, crea la Comisión de Caminos e inicia la construcción de carreteras en México; y crea la Comisión Nacional de Irrigación e inicia la construcción de obras de riego; es decir, ataca todo lo que es esencial, y todo lo que hoy vemos que fue condición ineludible para el estado del progreso de México que disfruta en estos momentos. Al mismo tiempo, al ver que ya comienza a consolidarse un nuevo orden de cosas en la Revolución y que tiene recursos con qué hacerlo, se pregunta si no ha llegado ya el momento de volver a lo que en el extranjero le dicen que es la "legalidad", es decir, acabar con las expropiaciones de tierras sin pagar la compensación económica inmediata. Y, en ese sentido, deja abierta una interrogación que cierra, para mal de él, el general Ortiz Rubio.

JW: Parece que Calles empezó a la izquierda y volvió al centro.

MRG: No sé hasta qué punto volvió al centro, o hasta qué punto las circunstancias lo hicieron dar la impresión de que volvía un poco al centro.

JW: Todo el mundo, al terminar el decenio de 1920, andaba al centro, mirando a Wall Street.

MRG: Mirando la crisis mundial, que hacía ya su aparición en el horizonte.

JW: A la entrada de Ortiz Rubio el péndulo se fue a la derecha.

MRG: Resueltamente a la derecha.

JW: Al entrar el presidente Rodríguez, volvió al centro.

MRG: Comienza a caminar hacia la izquierda y hace posible todo el vigor con que el general Cárdenas ataca los problemas fundamentales de México.

JW: Cárdenas llevó el péndulo hacia la izquierda.

MRG: Hacia la izquierda resueltamente.

JW: ¿Ávila Camacho lo llevó al centro?

MRG: Sí, Ávila Camacho lo llevó al centro.

JW: Y Miguel Alemán más a la derecha.

MRG: Según dicen, a la derecha. Yo no trabajé con él y no quisiera opinar sobre su gobierno.

JW: ¿Qué pasó con los gobiernos posteriores?

MRG: El gobierno de Adolfo Ruiz Cortines benefició a los campesinos en aspectos fundamentales. Él le dio a su secretario de Agricultura, Gilberto Flores Muñoz, facultades amplias para que ampliara los créditos al sector rural y para que iniciara una rigurosa política de perforación de pozos y de dotación de agua para pequeños campesinos. Además, ayudó, o trató por lo menos, de conseguir precios de garantía para los productos del campo. Es decir, no fue un distribuidor de tierras muy activo, pero sí trató de ayudar al mejoramiento económico de la clase campesina de México. El actual presidente López Mateos, ustedes lo saben, ha impuesto un gran vigor al reparto agrario y ha hecho lo necesario para llevar muy adelante la reforma agraria de México en el aspecto expropiatorio de tierras.

JW: Parece que hay factores detrás de este péndulo, porque, por ejemplo, en 1908 hubo una depresión. Después de 1913 vino Carranza en tiempos muy agitados de revolución cuando se necesitaba buscar apoyo de muchas personas y cuando no se podía hablar mucho del radicalismo. A fines del decenio de 1920, mientras Wall Street hablaba del desarrollo económico, parece que había personas muy sinceras que hablaban de revolución económica. Ellos dijeron: "Si se construyen caminos y presas y se desarrolla la infraestructura de una nación, entonces allí se tiene la base para los grandes cambios sociales". Parece que Calles, después de tantas dificultades con el ejército y la sublevación de los cristeros, etc., ya pensaba en estos términos. En contraste, en la época de Cárdenas dijeron: "Necesitamos hablar de revolución social y olvidémonos de las reglas capitalistas".

MRG: Creo que la política ha sido muy bien definida como "el arte de lo posible". Ningún hombre de Estado puede hacer más de lo que las circunstancias le permiten. Hay algunos que desperdician su momento y que no hacen nada, esos defraudan su destino. Pero nadie puede hacer más de lo que las circunstancias le permiten. Creo que el valor del general Cárdenas

consistió fundamentalmente en que él llevó al extremo sus posibilidades. Sin embargo, no olvide que en 1940 el general Cárdenas no es tan extremista como en 1938; es decir, la nación sentía ya cierta fatiga, cierta preocupación. La intensidad con que él había expropiado tierras, la expropiación del petróleo, el apoyo a las clases obreras, todo lo que él había hecho por llevar el país hacia la izquierda comenzaba a crear hondas preocupaciones en sectores de opinión muy importantes de México, y esos sectores se agruparon alrededor del general Juan Andreu Almazán y crearon un clima de oposición al régimen que fue bastante importante. El general Cárdenas mismo comprendió la necesidad de disminuir un poco el ritmo de su extremismo.

JW: Sí. Cárdenas dijo: "Ya no podemos permitir tantas huelgas irresponsables".

MRG: Él mismo inició, con un claro sentido de sus posibilidades, la vuelta hacia el centro que se señala con Ávila Camacho.

JW: En esos años usted fue gobernador de Tamaulipas.

MRG: Sí señor.

JW: El licenciado Gaxiola nos habló de un pacto de gobernadores para traer a Ávila Camacho a la presidencia, en el cual usted participó.

MRG: Ese pacto de gobernadores no fue planteado para llevar al país al centro o hacia la derecha. Nosotros, un grupo de gobernadores, pensamos en el mejor hombre para gobernar a México; y creímos que ese era el general Ávila Camacho. Figuraban como precandidatos: el general Múgica, que era reconocidamente izquierdista, el general Almazán, que era claramente derechista y el general Sánchez Tapia, que era un hombre indeciso, pero, a nuestro juicio, sin la preparación necesaria. Así, creímos que el hombre que estaba mejor capacitado para recoger la herencia de Cárdenas era el general Ávila Camacho; y por eso nos agrupamos alrededor de él.

JW: Con ese apoyo dentro del partido oficial, él pudo llegar a la candidatura para la presidencia del país, porque tanto en los Estados Unidos como en México muchos creen que en el Partido el Presidente es el que nombra a su sucesor.

MRG: Es posible que el Presidente tenga un voto de calidad dentro del actual sistema de nuestra política interna, pero sí le puedo garantizar a usted que en aquel momento hubo un verdadero juego de opinión pública y que el general Cárdenas atendió el verdadero sentir de la opinión pública. Por más que usted deba pensar en la opinión pública de la nación y no en la opinión pública de la ciudad de México, la opinión pública de la ciudad de México es generalmente reaccionaria o conservadora, y ésa estuvo a favor de Almazán. Es decir, en la ciudad de México seguramente Almazán tuvo más simpatías; en la República ganó resueltamente el general Ávila Camacho. Así, él llegó

a la Presidencia de la República en obediencia a la voluntad mayoritaria de la ciudadanía mexicana.

JW: El licenciado Portes Gil dice, en su libro *Autobiografía de la Revolución Mexicana*, que Ávila Camacho temía que Almazán fuera a ganar la elección, y que Cárdenas iba a entregar el poder a Almazán.

MRG: Creo que si Almazán hubiera ganado, Cárdenas le hubiera entregado el poder a Almazán.

JW: ¿Quiénes fueron los gobernadores que ejercían voz en esos años? Usted en Tamaulipas...

MRG: ...el licenciado Alemán en Veracruz, el licenciado Rojo Gómez en Hidalgo, Wenceslao Labra en México, el licenciado Gurría en Tabasco. Éramos varios los gobernadores que habíamos expresado con toda franqueza cuál era nuestro sentir.

JW: En esa forma el Partido ha escogido siempre; por eso el Partido ha mantenido su posición por tantos años.

MRG: Porque ha sido un receptor de sugerencias y no un impositor que quiera decir la última palabra. Si usted lee con cuidado la historia de México, se enterará de que han sido jefes de esta nación los que han podido serlo; es decir, que cuando un candidato ha sido mal recibido por la opinión pública, ese candidato no ha llegado a la Presidencia de la República. El general Díaz fue Presidente mientras la nación quiso; cuando la nación ya no quiso, vino la Revolución y lo tiró.

JW: ¿Y Carranza?

MRG: También Carranza cayó. Lo mismo hubiera sucedido con posterioridad sin la gran válvula de escape de la democracia mexicana que es el principio riguroso de la "no reelección". Nosotros nos damos cuenta que es en teoría antidemocrático, porque el pueblo debe de tener derecho de designar a sus mandatarios. Es decir, de elegir a una persona o de reelegirla si considera que es la más indicada para seguir en el poder. Pero, la dolorosa experiencia que hemos tenido de los intereses y de las ambiciones que se aglutinan alrededor de las personas que están en el poder, nos han hecho resolver que debemos sacrificar a los hombres y salvar la continuidad del régimen. Entonces, un Presidente que va a ser el hombre más importante de México durante seis años, pero que no tiene ninguna nueva oportunidad de volver a ocupar esa posición destacada, se convierte en el juez más imparcial para regir el acto electoral que va a servir para nombrar al que le sucederá. Es un magnífico consejero, es un juez muy imparcial, y es al mismo tiempo un hombre que por la posición en que está colocado puede apreciar desde un punto de vista muy alto, física y moralmente, el desarrollo de la campaña electoral.

JW: Tal vez podamos aprovechar este momento para hablar de la elección de 1933 y 1934, y de cómo Cárdenas llegó a la Presidencia; porque la opinión general es que él fue nombrado, y que fue hechura de Calles para seguir su rumbo, no como hombre independiente sino para usarlo como títere.

MRG: Si recuerda que la vida militar del general Cárdenas se hizo al lado del general Calles, usted tiene la explicación de por qué muchos consideraron que Cárdenas tenía que ser hijo o una hechura de Calles. Siendo muy joven, como coronel, el general Cárdenas se fue a incorporar con el general Calles, porque él mandaba un cuerpo de caballería villista. Esto fue en 1915. Desde 1915 hasta 1934 usted ve al general Cárdenas gravitando siempre dentro de la órbita de los simpatizadores, amigos y subordinados del general Calles. Ahora, usted debe considerar también que cuando surgió la candidatura del general Cárdenas, esa candidatura no surgió de los amigos personales del general Calles sino de gentes que tenían ciertas ideas de independencia. Los amigos del general Calles hubieran querido un callista ciento por ciento. El general Calles no tomó un papel decisivo y el movimiento político que desembocó en la candidatura del general Cárdenas fue movido por tres gobernadores de estados, o por gente que tenían influencia en tres estados que fueron, por orden alfabético, San Luis Potosí, Tamaulipas y Veracruz. No sé si el licenciado Portes Gil haya contado ya la forma en que él intervino en esa etapa. Creo que lo cuenta en su libro, pero de todas maneras tuvo participación en ese movimiento. Fui comisionado para movilizar la opinión campesina. En mi archivo particular están todos los telegramas que se les pusieron a las ligas de comunidades agrarias para inducirlos a lanzar la candidatura del general Cárdenas. Una vez movilizada la opinión pública rural a favor del general Cárdenas, los amigos del general Calles se dieron cuenta de que era una candidatura fuerte y la acogieron con simpatía, convencidos, naturalmente, de que el general Cárdenas sería un amigo adicto del general Calles.

JW: Sí. Se puede ser amigo personal, pero no se tiene que ser amigo ideológico.

MRG: En esas condiciones surgió la candidatura.

JW: Cárdenas había tenido dificultades con Ortiz Rubio y Calles cuando él era gobernador de Michoacán por querer seguir repartiendo tierra.

MRG: Él siempre fue agrarista. Cárdenas siempre fue un gobernador agrarista. Es posible que haya tenido ciertas dificultades con Ortiz Rubio. No lo sé, porque yo estaba fuera de México.

JW: Porque al salir Cárdenas de la gubernatura del estado de Michoacán, entró el gobernador Serrato que acabó con todo lo que había hecho Cárdenas, y Cárdenas quedó muy decepcionado con lo que pasó. Hay unos que dicen que Rodolfo Calles tuvo mucho que ver con el apoyo a Cárdenas.

MRG: Fue seguramente de los que apoyaron la candidatura del general Cárdenas; eso es evidente.

JW: ¿Cómo se explica que un hijo de Calles diera su apoyo a un amigo de Calles que no era ciento por ciento callista?

MRG: Cuando Rodolfo Elías Calles apoyó la candidatura del general Cárdenas, ya no había manera de no sumarse a otra causa, esa causa se veía que era la que tenía apoyo popular.

EL DECENIO MEXICANO DE 1930

19 de mayo de 1964

JW: Quisiéramos hablar de sus opiniones sobre los efectos de la Depresión en México. ¿Fueron muy hondos?

MRG: ¿Cuál depresión?, porque hemos tenido varias.

JW: ¿Cuántas depresiones ve usted en la historia?

MRG: Durante mi vida tuvimos desde luego la de 1932 y 1933. Debo decirle que, según mi experiencia, las depresiones económicas, las crisis económicas del mundo se sintieron en México con cierto retardo, casi siempre un año después. Ustedes padecieron su gran crisis en 1929 y 1930. En México se produjo a partir de 1931 y 1932, porque recuerdo ésa, que fue seguramente la más severa, porque nos sorprendió, no sólo en México sino en el mundo, y sin experiencia de cómo debían ser tratadas. Recuerdo que su presidente, inclusive, creyó que lo más conveniente era negar que hubiera crisis en Estados Unidos y que declaró cierta vez a la prensa que la solución de la crisis estaba a la vuelta de la esquina. Y algún comentarista dijo en tono jocoso: "Lástima que el presidente no nos dijo en qué ciudad, en qué avenida, y a la altura de qué calle". Con posterioridad nuestras autoridades han venido a aceptarlo como un mal menor, porque es muy difícil, en términos de economía práctica, seguir el camino recto. Teóricamente los economistas dicen que debemos apartarnos de la inflación lo mismo que de la deflación; pero, saber dónde está la deflación es lo que cuesta trabajo.

JW: ¿Usted ha visto la Depresión de 1932 y 1933?

MRG: Las devaluaciones que han sido consecuencia o resultado de crisis económicas.

JW: La peor crisis fue en 1932 y 1933.

MRG: ¡Seguramente!

JW: En el campo, ¿qué pasó con los campesinos? Porque hay unos datos, por ejemplo de Fernández y Fernández, que dicen que el salario real del campe-

sino subió durante la Depresión; y hay otros que dicen que el salario real bajó mucho porque había escasez de productos.

MRG: No tengo a la vista los números índices, ni las cifras de lo que representó la producción total de productos y servicios durante esos años, aunque sería fácil obtenerlos y examinarlos. Pero eso lo puede usted hacer solo. Lo que yo sí puedo decirle es que en los primeros meses de 1930, cuando ya se percibía en el mundo los efectos de la gran crisis mundial, hubo un gran desplome de los precios. Hubo personas en México que consideraron inteligente aprovechar la baratura de algunos productos para traerlos a México. Y gastamos buenos dólares en traer barato maíz africano, por lo cual echamos a la ruina a la producción maicera de México. Fue una gran crisis de la producción maicera de México que, como usted sabe, en aquella época se sembraba de maíz casi el setenta o el setenta y cinco por ciento de la tierra.

JW: Usted publicó un libro, un folleto, *Tendencias, medios y fines de la política agrícola de México. Conferencia en la Escuela Nacional de Economía* que da el saldo de las importaciones y exportaciones de maíz y trigo.

MRG: He hecho varios exámenes de este tipo. Y publiqué también algunas conferencias, no sé si usted las conozca. Di dos o tres conferencias y publiqué dos o tres folletos; y le podría dar los nombres y quizá hasta tenga algunos ejemplares para darle. Pero mi propósito fue siempre el de orientar la opinión pública sobre los verdaderos alcances de algunos fenómenos económicos que se habían producido en México, porque existía una propensión de tipo partidista que buscaba a toda costa culpar a la reforma agraria de todas nuestras calamidades, y quise exculpar a la reforma agraria y situar las responsabilidades en donde en realidad se encontraban.

JW: Con la Depresión y con los efectos tan grandes que vinieron a México en 1932 y 1933, ¿cree que estos efectos tuvieron mucho que ver con la candidatura del presidente Cárdenas en 1933?

MRG: Creo que no. La crisis se produjo en 1931 y 1932. Después de que el general Ortiz Rubio, al demostrarse que su política económica era equivocada, tuvo el gesto muy gallardo de presentar su renuncia, fue nombrado Presidente de la República el general Abelardo Rodríguez. Y él inmediatamente inició medidas encaminadas a sacarnos de la Depresión, o de la crisis, y a volver el país a la normalidad. Creo que cuando se planteó la candidatura del general Cárdenas se trató sobre todo de encontrar al mejor hombre que pudiera gobernar a México durante el sexenio siguiente; pero que no tuvo que ver en ello la situación económica del país, que era más o menos normal. Se lo puedo garantizar porque en esa época yo era secretario de Hacienda, y tuve por primera vez en muchos años un presupuesto equilibrado.

JW: Usted entró a Hacienda en 1933.

MRG: Estuve 1933 y 1934. Tuvimos un presupuesto equilibrado y una situación económica que permitió plantear algunas de las obras que se tradujeron en bienestar económico importante para el país.

JW: Pero en 1933 se hablaba mucho de que México tenía muchas esperanzas en la Conferencia de Londres. ¿Usted asistió como delegado a esa Conferencia?

MRG: Yo fui delegado de esa Conferencia.

JW: En junio y julio de 1933.

MRG: En 1933, sí señor.

JW: Y había muchas esperanzas, como podemos ver leyendo los periódicos de esos años, porque en 1934, México sí salió de la Depresión. Pero en 1933 parece que todavía existían unos problemas y México veía a Londres para ayudar a resolver esos problemas.

MRG: Yo diría que México no se sustrajo al esfuerzo que iniciaron muchos estadistas del mundo buscando la solución del problema en una escala mundial. En realidad, aunque la Conferencia se reunió en Londres, fue el gobierno norteamericano el que más luchó porque se celebrara; que fue una iniciativa de ustedes que los demás países acogieron porque pensaron que una crisis mundial debía atacarse con remedios que tuvieran también una concepción mundial. Fuimos a Londres, y fuimos de los pocos que sacamos algo de esta Conferencia: isacamos el acuerdo sobre la plata!

JW: Ustedes fueron en representación de la plata.

MRG: Era uno de los problemas que teníamos: la baja de la plata. Y entonces firmamos el Convenio de la Plata, por virtud del cual los gobiernos y los grandes países productores, entre ellos México y los Estados Unidos de Norteamérica, se comprometieron a retirar del mercado una porción para ayudar a que subiera el valor mundial de la plata. Y se logró en efecto.

JW: Parece que Cárdenas llegó a la Presidencia después de una campaña en la que hizo muchas promesas a los obreros y a los campesinos. Y él ha dicho que si no hubiera repartido la tierra y permitido tantas huelgas, que al entrar a la Presidencia hubiera habido una revolución. ¿Es algo parecido al caso cuando usted y Portes Gil entraron en compromisos en 1929 con un gran sector popular?

MRG: No creo que pueda hablarse realmente de compromisos. El licenciado Portes Gil llegó a la Presidencia de la República designado por el Congreso, sin haber hecho una campaña política y sin haber tenido la obligación de formular promesas que estuvieran contenidas en una plataforma de gobierno. Como le decía, el licenciado Portes Gil tenía antecedentes como hombre de izquierda. Su gestión en el gobierno de Tamaulipas se había caracterizado por la energía con que había atacado la solución del problema

agrario, y por el vigor con que él había prestado simpatía a la organización obrera del Estado; pero compromisos políticos con la República prácticamente no los tenía, ni podía tenerlos. En realidad, lo primero que hizo fue, al rendir su protesta como Presidente de la República, leer un mensaje a la nación en el que mencionó cuál sería la línea de conducta que él seguiría. Pero él se la trazó creyendo que era lo mejor para México y sin que fuera obligado a ello por ningún compromiso político, o por ninguna presión exterior. Creo que el caso del general Cárdenas fue más o menos lo mismo. Él tenía antecedentes de haber sido un revolucionario íntegro; que en todas partes en que actuó como jefe militar apoyó a los campesinos y a los obreros. Al ser gobernador del estado de Michoacán siguió la misma línea de conducta. Quienes pensaron en él para nombrarlo candidato a la Presidencia de la República tuvieron fe en sus antecedentes. Y él respondió a ellos, durante su campaña y después, cuando el partido que lo lanzó le formuló un programa de gobierno que él naturalmente conoció y aprobó. En ese programa de gobierno, o Plan Sexenal, estaban contenidos todos los puntos que se suponían que habían de ser desarrollados por él durante su gestión. Y él lo hizo; pero él puso su propio acento. Él se fue seguramente un poco más a la izquierda de lo que esperaban muchas de las gentes que habían lanzado su candidatura. Lo hizo conscientemente, valientemente, e inclusive en las postrimerías de su gobierno tuvo que darse cuenta de que se había ido mucho más allá de lo que la opinión pública del país quería.

JW: Parece que Cárdenas entró con mucho apoyo de varios grupos. En esos años, cuando México salía de la depresión, cuando muchos hablaban en términos marxistas, hubo un impulso para dar a los obreros y a los campesinos muchos beneficios. Cárdenas pudo ir a la par de esos tiempos; pero al correr el decenio, los tiempos cambiaron y él tuvo que cambiar también.

MRG: Creo que los países, lo mismo que los hombres, pueden trazarse un programa de acción y llevarlo adelante hasta donde sus posibilidades y sus energías lo permitan. En ese caso el general Cárdenas llevó al país hacia la izquierda y obtuvo realizaciones muy importantes hasta donde sus energías y sus posibilidades lo permitieron. Después del gran esfuerzo que representó para él la expropiación de las compañías petroleras, tenía que volver a situarse dentro de la realidad mexicana y no comprometer lo hecho con esperanzas de realizaciones que él ya no pudiera terminar, y que inclusive debilitaran sus energías para consolidar lo que había ya establecido.

JW: Usted cree que la expropiación del petróleo marca un...

MRG: Creo que el acto de la expropiación del petróleo, que por lo demás es de un patriotismo inmaculado y de una entereza que no se ha sabido todavía valorizar, marca el momento culminante en la gestión presidencial del gene-

ral Cárdenas, que a partir de ese momento él debió tener la preocupación de no comprometer lo que ya había hecho, con otros intentos secundarios que el país podía de todas maneras iniciar en mejores condiciones un poco más tarde. Es decir, él le dejó a sus sucesores obligaciones que ya no podía asumir, pero con la confianza de que lo que él había iniciado y planteado les permitiría hacerlo con menor dificultad.

JW: ¿Ve usted a Cárdenas como un hombre de "partido" dentro de la Revolución Mexicana, que no quería cambiar ideas en México en nombre de causas extranjeras?

MRG: Solamente lo he visto como un gran mexicano y me dolería mucho que él fuera otra cosa. Nosotros somos mexicanos y luchamos por México. Que otros luchen por ganar la gloria, o por otra cosa.

JW: Usted también trabajó para fijar el salario mínimo en 1933.

MRG: El presidente Rodríguez me nombró presidente de la Comisión de Salarios Mínimos. Él tenía una fórmula que por el monto era sumamente ambiciosa. Decía, si no me equivoco: "Cuatro pesos diarios de salarios; ocho horas diarias de labor". En esa época, un salario mínimo de cuatro pesos parecía sumamente ambicioso.

JW: Muy ambicioso, porque el salario mínimo fijado en 1933 fue de 1.00 a 1.50. Y al tratar de fijar el salario mínimo en todo el país, ¿tuvieron ustedes obstáculos grandes, o tuvieron mucha cooperación?

MRG: Tuvimos muchos obstáculos, porque desgraciadamente las gentes que estaban al frente de las cámaras de comercio, de las cámaras industriales del país, no entendían que si ellos iban a progresar no podría ser más que por la consolidación de una masa consumidora importante de ciudadanos mexicanos. Ellos no entendían que para hacer negocio necesitaban tener clientes; que ellos podrían abrir una tienda en cada esquina, o una fábrica en cada manzana; pero que lo que produjeran o lo que ofrecieran en ellas no lo venderían si no tenían compradores, y que ellos no podrían ser los compradores de lo que ellos mismos ofrecieran en venta o en fabricación. Ha sido un proceso muy largo el que ha determinado que nos demos cuenta de que no podremos crecer como nación si no tenemos una masa consumidora, valiosa, que cree el bienestar económico para todos.

JW: En 1934, usted entró a la gubernatura del estado de Tamaulipas.

MRG: No inmediatamente. Al terminar el periodo del general Rodríguez, fui como representante diplomático de México a Europa. Estuve como ministro en Francia y como embajador ante la Sociedad de Naciones. Y en la Sociedad de Naciones tuve que pelear, a nombre de México, el conflicto italo-etíope, en el cual tuve que expresar los conceptos de México que son: el de la soberanía de los pueblos, el de autodeterminación y el de independencia.

JW: México fue uno de los pocos países que habló con firmeza.

MRG: De los pocos países que estableció con claridad su postura, y me impresionó mucho una frase que oí en el curso de los debates, cuando uno de los delegados dijo: "Señores, dense ustedes cuenta de lo que están haciendo: temen ser en lo futuro 'la Etiopía' de alguna gran potencia". "Craignez d'être l'Ethiopie de quelqu'un", dijo un francés. Y en efecto poco después vino la Segunda Guerra Mundial, y hubo muchas Etiopías en Europa, y muchos pueblos que quedaron borrados prácticamente del mapa durante algún tiempo, gracias a que se habían perdido las normas de decencia internacional, y de respeto internacional, que nosotros tratamos de consolidar en Ginebra.

JW: ¿Cuándo estuvo usted en Europa?

MRG: Estuve en Europa en 1935 y durante los primeros meses de 1936. Entonces mis coterráneos tamaulipecos me dijeron que querían lanzar mi candidatura al gobierno del estado, y a pesar de que era más importante la posición de embajador de México en un país extranjero, vine a luchar para ser gobernador del estado, donde yo creía que mi deber fundamental de tamaulipeco era servir a Tamaulipas.

JW: Cuatro años en el gobierno. ¿Todavía los gobernadores rigen cuatro años?

MRG: No. Ahora son periodos de seis años, entonces eran de cuatro. Fui gobernador de 1937 a 1940.

JW: Usted pudo ver con mucha claridad lo que estaba pasando dentro del país y dentro del Partido en estos años.

MRG: Creo que pude ser un observador más o menos bien situado.

JW: Al entrar Cárdenas a la Presidencia ocurrieron muchas huelgas. ¿Por qué y cuál fue el efecto de esas huelgas?

MRG: Tengo la impresión de que los gobiernos dictatoriales acaban muy mal, pero que transcurren con tranquilidad. Cuando el pueblo no espera nada de un gobernante, al final quizá lo saca del poder, inclusive lo fusila; pero mientras está en el poder, lo deja tranquilo, porque no espera nada de él, no se lanza a formular ninguna demanda. En 1935, nuestros obreros tuvieron confianza de que había al frente de los destinos de México un presidente que tenía simpatía para ellos. Y se precipitaron a crearle problemas, lanzaron sus demandas, declararon sus huelgas y esperaron a que el gobierno los ayudara a obtener algunas conquistas que mejoraran su situación económica.

JW: Hubieron 642 huelgas en ese año.

MRG: No las conté.

JW: En el último año de gobierno del presidente Calles, en 1928, hubieron siete huelgas.

MRG: No dudo que durante el primer año del general Cárdenas haya hecho explosión un deseo contenido por algún tiempo. Además, no era posible, en tiempo de crisis económica mundial, que los obreros pensarán en tener mayores conquistas; se daban por satisfechos con sólo conservar sus labores. Los años de crisis no son adecuados para que los obreros formulen demandas. Había mucho desempleo, bajos salarios, se conformaban con vivir. ¡El vivir mejor tenía que ser la ambición de años más felices!

JW: Parece que el decenio de 1930, con la Depresión, fue el decenio del proletariado. Porque en esos años todo el mundo soñaba con un mundo del proletariado con posiciones muy halagadoras; pero después, ya con los ojos más abiertos, tal vez pudieron ver que el proletariado todavía tenía mucho qué hacer para dominar en el Estado.

MRG: ¡Que todos tenemos mucho qué hacer! Creo que poco a poco nos iremos acercando a un punto de confluencia en el que concurramos todos y fraternicemos todos; pero para ello todos tenemos que hacer concesiones. Pienso que los capitalistas tienen que hacer tantas concesiones como los obreros; y que mientras no haya verdadera armonía y paz en el mundo, no habrá triunfado nadie.

JW: Hubo quejas, en el sentido de que Cárdenas era el presidente "clasista", no racista ni nada de eso como en otras partes del mundo en esa época, pero clasista, al poner una clase al frente de las otras. Con tantas huelgas, ¿qué opina usted de las declaraciones del expresidente Calles en 1935, acerca de las huelgas?

MRG: No estaba yo en México, así es que no tengo todas las fuentes de información que me harían falta para poder opinar sobre ese particular. Sin embargo, después de que regresé a México, traté de reconstruir mi mundo de México y averiguar qué había pasado en aquella etapa tormentosa. Creo que no estoy lejos de la verdad si le digo a usted que fue un episodio desafortunado, que no creo que el general Calles se hubiera opuesto de modo terminante a reconocerle al presidente Cárdenas la totalidad de su hegemonía sobre el país, y el ejercicio de su autoridad. Fueron factores extraños los que lo distanciaron y crearon una situación de pugna personal, que desgraciadamente desembocó en la ruptura de una vieja amistad. Creo que el general Calles, a quien después de todo fueron a llamar al Tambor para que viniera a México, se hubiera quedado fuera de la capital de la República muy tranquilo si no lo traen. También creo que con el transcurso de los años el general Cárdenas debe pensar que quizá pudo haber logrado soluciones más armoniosas, más discretas, en vez de llegar a una ruptura. De todas maneras, esa ruptura eliminó totalmente al general Calles de la política mexicana. Él aceptó la situación con un gran sentido de patriotismo y con mucha

entereza. Salió de México y fuera del país nunca hizo una declaración en contra de Cárdenas, en contra de su gobierno, o en contra de México, a pesar de que muchos lo invitaron a que lo hiciera.

JW: ¿Usted cree que Calles, al regresar en 1936, no pensaba en organizar una acción en contra de Cárdenas?

MRG: Estoy seguro de que él pensó en determinado momento que podría defenderse por la prensa, cosa que, en la situación del México de entonces no era posible. Pero él nunca pensó en organizar un movimiento armado en contra de Cárdenas; y hubiera sido además en contra de las declaraciones terminantes que hizo en su mensaje del 1 de septiembre de 1928. Así, él estaba atado por sus propias palabras.

JW: Durante la presidencia de Cárdenas hablaban mucho de "educación socialista". ¿Quiere explicar lo que querían implantar, y qué éxito tuvo?

MRG: Esa pregunta se la debe de responder el secretario de Educación del general Cárdenas. Creo sinceramente que dentro de aquel movimiento de fervor izquierdista hubo muchas gentes que por congraciarse con el gobierno —principalmente con el general Cárdenas— hicieron alarde de un izquierdismo que no sentían en el corazón, y se pusieron una casaca roja que no les venía a la medida. Por eso, con posterioridad —durante el gobierno del general Ávila Camacho, de 1940 a 1946— se modificó el artículo 39 haciéndolo un poco más de acuerdo con el sentir de nuestros conciudadanos. Creo que en este sentido el general Cárdenas no logró el éxito que obtuvo el general Ávila Camacho, o el que tiene en estos momentos el licenciado López Mateos, aunque reconozco que las intenciones de Cárdenas eran generosas.

JW: Parece que la reforma del artículo tercero constitucional surgió en la convención del PNR, en Querétaro, en 1933.

MRG: Creo que la idea de un artículo tercero que esté ajustado a las necesidades políticas y sociales de México es tan antigua como la Guerra de Reforma. Es uno de los tópicos que han sido más debatidos en México, y han sido trinchera de lucha, detrás de la cual se han refugiado todos los que han querido tomar el poder en México. Se discutió en los años de la Reforma, se discutió también en el Constituyente de Querétaro en 1917, y se ha discutido con posterioridad. Siempre ha sido piedra de toque de los conservadores de México. Ellos no aceptarán ningún artículo tercero que no sea el de su predilección. Es decir, estarán satisfechos con un artículo tercero que diga literalmente: "El gobierno de México se desentenderá de la educación pública y pondrá su dirección en manos del grupo conservador mexicano". Todo lo que no sea eso merecerá el disgusto de las gentes que, por razones políticas y espirituales, están formando un seudopartido católico. Sin embargo, estoy convencido de que el artículo tercero de la Constitución mexicana, tal

como está contenido, no daña en lo más mínimo los sentimientos religiosos del pueblo mexicano. Más todavía, en mi propio hogar, donde estoy convencido de que les concedo a mis hijos plena libertad para que crean en Dios como ellos quieran y para que se afilien a la religión que sea de su predilección, sé que dentro de ese clima de libertad, por el ambiente externo que los rodea, fueron todos afiliándose a la religión católica, apostólica y romana. Y el hecho de que la Constitución de México de 1857, antes de 1917, haya sido calumniada, asegurando que por su culpa la educación está en manos ateas, le demuestra a usted que esa educación no ha hecho ningún efecto nocivo sobre la necesidad del pueblo mexicano. Porque si cuenta por lo menos de 1917 a 1964, se da cuenta que han pasado muchos años. Y si va a las estadísticas, averigua que la población católica de México es proporcionalmente más numerosa, o por lo menos tan numerosa como entonces. En otras palabras, la educación sostenida por el Estado, a pesar de su laicismo, no ha causado el menor daño en la religiosidad del mexicano.

JW: El general Múgica tuvo mucho que ver en la redacción del artículo tercero de la Constitución de 1917. Él fue muy amigo del general Cárdenas y lo acompañó en la Presidencia. ¿Cree usted que él tuvo mucha influencia sobre el general Cárdenas?

MRG: Creo que fue de las gentes que más influencia tuvieron sobre el general Cárdenas.

JW: Múgica creía que era su papel sucederle en la Presidencia.

MRG: Él tuvo la esperanza, probablemente, de poder suceder al general Cárdenas en la Presidencia; sin embargo, la opinión pública no le fue favorable y él tuvo que reconocerlo así. Los mexicanos ya no querían a un extremista al frente de los destinos del país.

JW: Hablando de la reacción en contra de Cárdenas en los últimos años de su presidencia, surgió un grupo que se llamaba y se llama "sinarquista". ¿Quiere usted explicar qué programas tienen? Porque tienen programas agrícolas. Está basado en un programa para el campesino, y tienen fuertes apoyos entre los campesinos.

MRG: No creo que tuviera ningún apoyo serio entre los campesinos. Lo tuvieron en algunas comarcas del país, y precisamente entre grupos campesinos que no habían recibido los beneficios de la reforma agraria. En muchas comarcas del interior del país, en el centro de México principalmente, los hacendados lograron convencer a los campesinos de que la reforma agraria de México no sería una cosa que se sostuviera, sino que tarde o temprano las tierras expropiadas se les devolverían a sus respectivos dueños: "a sus legítimos dueños", decían ellos. Esos campesinos que no solicitaron ejidos, en determinado momento se encontraron con que habían sido instrumento

de los hacendados para combatir a los agraristas, pero que ya no había tierra que ellos pudieran cultivar. Esos campesinos —que por traicionar a su clase se quedaron sin ejidos— fueron los que, al no recibir tampoco tierra de los hacendados, buscaron una manera violenta de hacer sentir sus necesidades y de obligar al gobierno a que las reconociera. Esos fueron los que se catalogaron como los “sinarquistas”. Pero esto se fue aliviando poco a poco, porque naturalmente tampoco por la violencia consiguieron que se les diera tierra, ya que, como lo que querían era tierra, acabaron por irse acomodando en diversos ejidos o hacerse pequeños propietarios y en ese momento dejó de tener significación el movimiento.

JW: Los sinarquistas decían que no tenían fines violentos y que querían formar un ejército para guardar sus derechos, pero para luchar pacíficamente.

MRG: Pues sí, como Hitler quiso luchar pacíficamente para obtener su lugar con un ejército, para hacer pacíficamente todo lo que uno quiere, a condición que los demás no se opongan. Si se oponen, ¡hay guerra!

JW: Ustedes no tuvieron dificultades con los sinarquistas en Tamaulipas.

MRG: No, porque nuestra clase campesina estaba bastante bien orientada socialmente. Además, había bastante tierra como para que pudiéramos darle a todos lo que pidieran. No tuvimos sinarquistas en Tamaulipas.

JW: Entre los sinarquistas había católicos en general y personas ajenas al gobierno, algunos decían que Cárdenas tenía muchos comunistas dentro del gobierno, si no en las posiciones más altas, en posiciones con mucha influencia. ¿Quiere opinar sobre eso?

MRG: Creo que en todo el mundo: o se está con el gobierno, o se está en contra del gobierno. Los que están contra el gobierno le levantan toda clase de falsos, le hacen acusaciones de las más variadas. Esas fueron algunas de las acusaciones que le hicieron al gobierno en el tiempo del general Cárdenas.

JW: Parece que la prensa comunista —unas publicaciones comunistas— tenía subvención del gobierno en esos años, y posteriormente.

MRG: No me consta. No podría afirmarlo, porque esas subvenciones no pasaron por mis manos, ni al momento de entregarlas, ni al momento de recibirlas. Pero sí le quiero decir que en aquellos momentos la gran prensa de México era violentamente derechista; que se oponía resueltamente a la política izquierdista del general Cárdenas, y que él, tal vez como reacción, pudo ver con simpatía que algunos periódicos se fueran a la extrema izquierda, porque compensaban un poco lo que decían los periódicos de extrema derecha. Era una manera de buscar cierto equilibrio.

JW: ¿Tuvo Lombardo Toledano mucho que ver en escoger al sucesor de Cárdenas?

MRG: No creo.

JW: Porque la CTM fue el primer grupo dentro del Partido que lanzó la candidatura de Ávila Camacho y Francisco Múgica le echó mucho la culpa de su pérdida al propio Lombardo Toledano.

MRG: Las organizaciones campesina y obrera, cuando declararon su simpatía por el general Ávila Camacho, lo hicieron arrastradas por corrientes y opiniones importantes, y por tendencias políticas que se habían manifestado con claridad. Con mucha anticipación —se lo digo porque me tocó a mí— ya le había expresado al general Ávila Camacho que lucharía por su candidatura. Y como yo, otros gobernadores y amigos personales de él.

JW: Sí. En ese momento fue cuando firmaron el pacto de los gobernadores.

MRG: No hubo pacto, hubo conversaciones y acuerdos. Consideramos que era lo más conveniente para el país y por eso tomamos esa postura. No necesitábamos comprometernos con una firma.

JW: ¿Aceptó Múgica la candidatura de Ávila Camacho con ecuanimidad?

MRG: Tuvo que aceptarla. Se dio cuenta que las mayorías no estaban con él. Cuando se dio cuenta de ello, comprendió también que perjudicaría a su amigo, el general Cárdenas, si salía con una candidatura que estuviera fuera del Partido, y entonces se inclinó; hasta donde sé, él estaba influenciado por elementos de extrema izquierda. Él pensaba inclusive en apoyar una “cuarta internacional”.

JW: No sabía eso. ¿Cómo actuaron ustedes los gobernadores en el Partido para levantar la voz contra Múgica?

MRG: En realidad los gobernadores no tuvimos que actuar directamente, porque la acción en México, la acción política, se desarrolla inicialmente en las Cámaras. Así, fue en el Senado y en la Cámara de Diputados donde se constituyeron bloques avilacamachistas que inmediatamente dieron el tono de la campaña.

JW: Ellos formularon muy temprano la campaña.

MRG: Sí, y desgraciadamente fue una campaña que se prolongó demasiado; prácticamente comenzó en 1938.

JW: Sí, después de la expropiación del petróleo. ¿Inmediatamente se formaron los grupos avilacamachistas?

MRG: Sí, empezaron a formarse los grupos.

JW: ¿Y los grupos que apoyaban a Múgica?

MRG: Después los grupos almazanistas. Es decir, se decidió primero que el candidato de los amigos del régimen sería el general Ávila Camacho. Y después los enemigos del régimen se agruparon alrededor del general Juan Andreu Almazán.

OTROS DATOS AUTOBIOGRÁFICOS Y TEMAS COMPLEMENTARIOS

JW: Me han dicho que durante las elecciones, desde la fundación del Partido en este siglo, en contra del partido oficial sólo ha habido tres ocasiones cuando la oposición tuvo mucha fuerza: con Vasconcelos, con Almazán y con Miguel Henríquez Guzmán. ¿Qué opina usted?

MRG: Creo que en 1929 la candidatura del licenciado Vasconcelos fue popular en la ciudad de México; que reunió a su lado grupos intelectuales importantes, de estudiantes y de profesionistas, pero que en las masas no hizo ningún impacto.

JW: ¿Sucedió lo mismo con Almazán?

MRG: Creo que Almazán tuvo más partidarios que Vasconcelos, porque en aquel entonces las gentes de dinero de México creyeron que debían hacer un gran esfuerzo por reconquistar el poder. Y como juzgaban que Almazán era su hombre, le brindaron un apoyo franco, le dieron bastantes recursos y le permitieron hacer una campaña que logró impresionar a muchas gentes.

JW: Henríquez Guzmán, ¿tuvo mucho apoyo en 1952, en relación con los otros dos?

MRG: Él creyó que podría contar con el apoyo del general Cárdenas y que el prestigio del general Cárdenas le depararía una mayoría. Eso a la postre no se produjo; terminó más bien en una ruptura de la amistad del general Cárdenas con el general Henríquez. De todas maneras, él tenía recursos suficientes e hizo una campaña bastante activa.

JW: ¿De dónde obtenía su apoyo?

MRG: Él buscó tener apoyo en los sectores donde estaban los amigos del general Cárdenas. De hecho, trató de hacer creer que aunque el general Cárdenas no se mostraba abiertamente su partidario, sí veía con simpatía su candidatura.

JW: Él fue uno de los primeros candidatos de oposición que buscó su apoyo en el campo.

MRG: Sí. Y de hecho él buscó a líderes agraristas para que lo apoyaran, como Graciano Sánchez.

JW: Pero, ¿tuvo tanta fuerza, tanto apoyo, como Almazán, por ejemplo?

MRG: Creo que tuvo menos apoyo que Almazán. En la ciudad de México, Almazán reunió muchos partidarios, pero nunca para triunfar sobre Ávila Camacho. La candidatura de Ávila Camacho triunfó popularmente en México. Y la prueba está en que, siendo Almazán un hombre de armas, avezado a la lucha, y con valor personal, no creyó que pudiera tener éxito lanzándose a una revolución.

JW: Sí. Fue a Washington.

MRG: Fue a buscar apoyo extranjero. Con eso no se ganan las presidencias de México.

JW: Después de salir de la gubernatura de Tamaulipas, ¿qué hizo usted?

MRG: El general Ávila Camacho me invitó para ocupar la Secretaría de Agricultura y estuve en ese puesto durante los seis años que duró su gobierno.

JW: Después de 1946, ¿qué hizo?

MRG: Después de 1946, decidí ser un hombre libre. Había ingresado al servicio público desde muy joven, y estuve al servicio de mi gobierno, se puede decir que casi ininterrumpidamente, desde 1915 hasta 1946. Le di a mi país treinta y un años de mi vida. Creo que puedo presentar constancias, en el sentido de que fui un servidor de México y no una gente que se sirviera de México. No amasé una fortuna al servicio de mi gobierno, ni tampoco hice negocios, o me hice empresario de alguna clase de actividad.

JW: Hombre no muy listo.

MRG: Al mismo tiempo que había quienes me atacaban por mis ideas, estuvieron insistiendo repetidamente en que yo era un burócrata empedernido, que sólo podía vivir pegado a la ubre del presupuesto. En 1946 decidí averiguar si podía mantenerme por mí mismo fuera del gobierno. Y desde entonces me mantengo fuera del gobierno, y como mejor que dentro del gobierno.

JW: Siendo usted secretario de Agricultura durante la presidencia de Ávila Camacho, ¿puede decirnos cómo se aceptó el programa de repartir tierra durante la guerra, y cuál fue el resultado? Porque en el periodo de Ávila Camacho disminuyó la repartición de la tierra.

MRG: Había comenzado a disminuir desde 1940, siendo todavía presidente el general Cárdenas. Esa situación se prolongó durante el gobierno del general Ávila Camacho, entre otras cosas, porque los esfuerzos hechos por el general Cárdenas para llevar el país hacia la izquierda nos habían causado muchos quebrantos, y había llegado, creíamos nosotros, el momento de consolidar lo hecho por Cárdenas, antes de iniciar nuevos esfuerzos. El general Ávila Camacho, sabiendo además, con intuición de gobernante, que se acercaba el conflicto internacional, es decir, que México se vería envuelto en la Guerra Mundial, trató de llegar a esa emergencia con una opinión pública unida, y el postulado de su acción política fue la armonía y la unidad de los mexicanos. Naturalmente, usted no puede pregonar la armonía sin renunciar a ciertos extremismos; uno de ellos fue el del reparto agrario. En cambio, él le concedió el mayor interés al mejoramiento de la producción agrícola del país, a dar mayores oportunidades económicas a los campesinos, y a fortificarnos, para que pudiéramos depender de nosotros mismos, en vez de tener que importar productos que, con un mundo en guerra, sabía que no podíamos traer del extranjero. Esto fue lo que hizo.

JW: ¿Tuvo usted algunos problemas durante su estancia en el gobierno?

MRG: ¿Quién, que esté en el gobierno, no tiene un problema todos los días por lo menos?

JW: ¿Pero problemas importantes?

MRG: Hubo muchos. Pero no quisiera referirme a mi gestión política. De eso deben hablar otros, no yo.

JW: Pero otros no saben. Y como me acaba de decir, hay que preguntar a la Secretaría de Educación lo que quería hacer.

MRG: Le podría decir que me preocupé por escribir mis informes anuales con bastante amplitud. Redactaba mis informes anuales personalmente. En seis informes anuales está transcrita la filosofía que me inspiró y la acción que desempeñé en el puesto de la Secretaría de Agricultura. Si tiene tiempo sobrado, le pongo a su disposición mi secretaria para que lo ayude. Ahí verá planteado el principio de la investigación agrícola en México: el de la experimentación agrícola, la producción de semillas mejoradas. Es decir, las cosas que nos están permitiendo tener una agricultura próspera, o más próspera que la de antes.

JW: ¿No hubo críticas contra usted sobre la repartición de tierra en esos años? Porque, durante la presidencia que siguió, ésta disminuyó otra vez.

MRG: Disminuyó más. Debo decir a usted que como secretario de Agricultura a mí no me correspondía la acción agraria, le correspondía al Departamento Agrario. Sin embargo, en muchas ocasiones hice declaración, o pronuncié discursos, o dicté actos que me identificaron resueltamente como un agrarista convencido, y por esos motivos tuve muchos ataques, que naturalmente acepté porque era mi deber.

JW: ¿En qué año vino el cambio en la ley agrícola para ampliar la inafectabilidad de la tierra?

MRG: En tiempo del licenciado Alemán (1946-1947).

JW: Hay mucha discusión acerca de ese artículo de inafectabilidad. ¿Quiere explicarnos lo que es, lo que quiere decir, en términos legales?

MRG: En estas cosas hay lo que la ley dice: "lo que se quiere que diga, y lo que se hace a espaldas de lo que dice". ¿Qué es lo que quiere usted que le explique?

JW: Las dos cosas.

MRG: Se modificó el artículo 27 de la Constitución y se ampliaron las extensiones de la pequeña propiedad inafectable.

JW: La pequeña propiedad fue considerada de cincuenta hectáreas para abajo.

MRG: La pequeña propiedad tardó en definirse en la ley de México. Desde luego, en la Ley del 6 de enero de 1915 no estaba precisada, ni estaba precisada tampoco en el artículo 27 de la Constitución. No estaba precisada más

que para casos de restitución —aun en casos de restitución al propietario se le respetaban cincuenta hectáreas—, pero en los casos de dotación no se decía una palabra. Poco a poco se fue definiendo, y se llegó a establecer que la inafectabilidad debía de cubrir por lo menos 100 hectáreas de riego con superficies equivalentes de otras calidades. Esto quiere decir que en otras calidades menos valiosas se respetan mayores superficies. Eso se sancionó con toda claridad en el texto del artículo 27 que fue incorporado en 1934, pero que después se modificó en 1947. Entonces se fue mucho más liberal con la pequeña propiedad: en algunos casos se llegó hasta las 300 hectáreas. En caña de azúcar, por ejemplo, se considera la pequeña propiedad adecuada en 300 hectáreas.

JW: Hasta 1947, 100 hectáreas; después, ya varía mucho.

MRG: Sin embargo, creo que esto tendrá que modificarse y de hecho se ha modificado. Porque no es posible que un país en que los campesinos tienen hambre de tierra, haya gentes que se hagan ricos explotando 100 hectáreas de riego que prácticamente es un latifundio en cualquier otra parte del mundo. Creo que esto tendrá que ser revisado.

JW: ¿Hay esperanza de revisarlo pronto?

MRG: No lo sé, y espero no morirme sin verlo.

JW: ¿Usted qué espera —hablando de México— en el futuro? Es muy difícil pronosticar. ¿Será un país industrializado, o un país agrícola, para aprovechar más los recursos que tiene México? ¿Qué camino debe seguir?

MRG: Creo que ya lo está siendo por fortuna. Fuimos un país típicamente agrícola en el sentido de que el 70 por ciento de nuestra población económicamente activa vivía del fruto de la tierra. Ahora estamos exactamente en el fiel de la balanza: aproximadamente el 50 por ciento de nuestra población económicamente activa está dedicada al trabajo de la tierra, y el otro 50 por ciento al trabajo industrial. Creo que no seremos una verdadera nación progresista mientras no consigamos, en una primera etapa, que el 75 por ciento de nuestra población económicamente activa se dedique a la industria, y sólo el 25 por ciento de la población económicamente activa se dedique al cultivo de la tierra. En eso ustedes hace mucho tiempo que nos sobrepasaron. Si no me equivoco, en estos momentos ustedes tienen alrededor de 12 campesinos por cada 88 obreros industriales. No vamos a llegar a ese estado pronto; me conformo con llegar a tres cuartas partes de obreros industriales y a una cuarta parte de obreros agrícolas. Es decir, que lo que produzcan cultivando la tierra o criando ganado 25 hombres, permita que se mantengan 100.

JW: Usted no es uno de los agraristas que dice: "Fuera la industria; tenemos las raíces en la tierra y allí vamos a crecer".

MRG: No, porque no soy un romántico: soy un ingeniero agrónomo.

JW: Casi hemos terminado. Nada más quisiera pedirle su opinión sobre la "Doctrina Estrada", porque usted fue diplomático en el pasado y ha tenido experiencia en muchos puestos del gobierno.

MRG: Le hablo a usted como mexicano simplemente y no como diplomático. Pero le quiero decir a usted que la "Doctrina Estrada" condensa el concepto que tiene México sobre lo que deben ser las relaciones internacionales. Nosotros creemos simplemente en la autodeterminación, y somos enemigos resueltos de toda intervención. No creemos que ningún país, que ningún gobierno, tenga derecho de intervenir en asuntos de México o de otro país, o de otro gobierno, reconociéndole o negándole reconocimiento. La existencia de un gobierno es una cosa interna del país.

JW: Pero si ustedes retiran sus diplomáticos.

MRG: Eso quiere decir simplemente que no deseamos tener relaciones con ese gobierno. No lo juzgamos; no decimos si es legítimo, si es bueno o si es malo. Decimos: "No queremos tener amistad contigo", como se le cierra la puerta de la casa a una persona que nos parece indeseable.

JW: Sí. Pero usted le está diciendo a una persona que no le va a permitir entrar en su casa, "a menos que usted haga lo que yo quiero, no puede entrar". Con eso está juzgando a una persona o a un gobierno; y hasta que ese gobierno cambie no va a mandar sus diplomáticos otra vez. Y en el mundo de hoy, cuando las relaciones internacionales y el reconocimiento internacional es tan importante como para que un gobierno viva o muera, el acto de retirar diplomáticos puede ser muy incómodo.

MRG: No creo. Durante los años de la Revolución, México vivió sin que el gobierno revolucionario estuviera reconocido casi por ningún gobierno de la Tierra.

JW: Sí, pero es muy raro ese caso.

MRG: Les recomiendo a los demás que estudien la Revolución de México y que la sigan. Que se decidan a hacerla ellos mismos.

JW: No es fácil para los Estados Unidos seguir la Doctrina Estrada, porque está repartiendo dinero en todo el mundo; porque al retirar a los diplomáticos también se retira el dinero; en las relaciones internacionales de hoy, el reconocimiento no tiene importancia ya sin dinero.

MRG: No puedo tener opinión sobre lo que hacen las grandes potencias porque México felizmente es un país pequeño y pacífico. No tenemos la responsabilidad de normar la marcha del mundo. Ustedes, ciudadanos de un país muy grande, son los que tienen que decir en qué medida —por su conveniencia— tienen que ayudarles a vivir a los demás. Por lo que toca a mí, le digo a usted esto: no creo que los mexicanos tengamos derecho a pedir alguna ayuda internacional de los ciudadanos de otros países; no espero

mucho, tampoco, de los ciudadanos de otro país, deseo que la felicidad de México la fabriquemos los mexicanos, con nuestros propios recursos, en la medida en que nuestras energías nos lo permitan y que seamos una aportación para el resto del mundo, en vez de una carga para el resto del mundo. ¿No cree usted que aquí terminamos?

JW: Nada más queremos hablar de su vida. ¿Cuándo se casó?

EW: No hemos oído nada de su vida personal.

MRG: No han oído mucho de mi vida personal. Tuve la desgracia de perder a mi primera mujer y me he casado en segundas nupcias. Me casé por primera vez siendo todavía muy joven. Tuve un hijo, quien en este momento ya es doctor recibido; que ha formado su hogar y que es dichoso. Se recibió de médico, lo mandé a los Estados Unidos a especializarse. Estuvo cuatro años haciendo estudios de especialización en Washington, en Boston, en la Clínica Lahey, y en Florida, y actualmente es especialista en el Hospital de Oncología, del Seguro Social. Ha principiado a servir a sus conciudadanos y no es un médico privado que quiera hacer una fortuna con la clientela particular. En segundas nupcias he tenido cinco hijos, de los cuales —mire nada más— cuatro son mujeres y uno es hombre. Las cuatro mujeres han terminado su “high-school”; dos de ellas estuvieron dos años en San Antonio, Texas, en el Verbo Encarnado, para aprender un buen inglés; después un año en Francia; y están trabajando. El joven está trabajando y estudiando; quiere hacer su carrera de ingeniería. Trabaja aquí conmigo en Worthington —en la oficina de ventas en Worthington—, tiene veinte años. La tercera está en este momento en Francia, después de haber terminado su “high-school” en un “finishing-school” y vendrá en julio de este año para comenzar a trabajar. Y la última se irá a Europa este año, en septiembre. Y después de esto habré terminado mis deberes de padre de familia educando cinco hijos para que se valgan por sí mismos, para que sean trabajadores, y para que no constituyan una carga para la sociedad. Con eso habré terminado mis deberes de ciudadano y de padre de familia.

JW: ¿Ha trabajado aquí en Worthington de México, desde su fundación hace veinte años?

MRG: Desde su fundación. No exactamente veinte años, van a ser quince años. Me invitaron para que organizara esta empresa y acepté porque no quería entrar a trabajar en algo que ya existiera, y en lo que fuera a beneficiarme de los esfuerzos de otros, sino que quise hacer un esfuerzo personal para montar algo que fuera útil a México.

JW: ¿Se trata de una compañía que vende manufacturas?

MRG: Manufacturas: bombas, compresoras, mezcladoras de concreto.

JW: ¿Para el campo?

MRG: Sí, sobre todo para el campo.

JW: ¿Es norteamericana la compañía?

MRG: La matriz es norteamericana.

JW: ¿Tienen ya muchas acciones mexicanas?

MRG: Es una empresa de inversión mixta; es decir, un testimonio de lo que nosotros creemos que debe ser la empresa en los tiempos modernos. Asociación con técnica capaz, pero participación de capital nacional en términos equitativos.

JW: Ya es equitativa la participación: casi el cincuenta por cincuenta de porcentaje; igual entonces. ¿Ha sido presidente de la compañía?

MRG: Desde que se inició. Cuando iniciamos esa aventura, eran tres los funcionarios: un gerente de ventas, que iba a manejar las cosas de ventas; una secretaria que nos tomaba dictado a los dos, y yo.

JW: Ha tenido mucho éxito fuera del gobierno, ha construido una compañía.

MRG: Estoy satisfecho.

JW: Le estamos muy agradecidos por habernos platicado de su vida. Por supuesto que tiene que escribir sus memorias para que todo esto...

MRG: No sé si Dios me dé años de vida para esto.

JW: Porque esto es "memorias en plática", a veces hemos corrido muchos años, y esto es complementario a su libro, que espero va a escribir.

MRG: Uno está en prensa ya, el otro, ¿quién sabe?

JW: ¡Muchas gracias!

MRG: ¡Mucho gusto! Me agrada mucho ver el espíritu de objetividad y seriedad con que quieren ustedes enterarse de México. Somos sus vecinos, y lo mejor que nos conozcan redundará en mayor cordialidad entre los dos pueblos.

JW: Con la ayuda de personas como usted, creo que podemos entenderlos mejor.

